

0521 33 Quinta Parte Cap Tulos Xxi
Al Xxxiii Anna Kar Nina

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Doris McMahon** (*City of Industry*) - - - - XXI. Desde el momento en que Alekséi Aleksándrovich comprendió, gracias a las conversaciones con Betsy y Stepán Arkádevich, que lo único que le pedían era que dejara en paz a su mujer y no la importunara con su presencia, pues era la propia Anna quien lo deseaba, se sintió tan desorientado que no era capaz de tomar ninguna decisión. Como ya no sabía lo que quería, se puso en manos de esas personas que encontraban tanto placer en ocuparse de sus asuntos y se mostró de acuerdo con todo. Sólo cuando Anna se fue de casa y la inglesa envió a preguntarle si debía comer con él o aparte, comprendió por primera vez la situación en la que se encontraba y se horrorizó. Su mayor motivo de aflicción era que no conseguía unir y conciliar su pasado con su existencia actual. Lo que le perturbaba no eran los tiempos felices en compañía de su esposa. Ya había superado ese período de sufrimientos que marcaba el tránsito entre su vida anterior y el momento en que se había enterado de la infidelidad de su mujer. Era una situación muy penosa, pero también comprensible. Si su mujer le hubiera declarado entonces su infidelidad y lo hubiera abandonado, se habría sentido desdichado y apenado, pero no se habría visto abocado a esa posición desesperada e incomprensible. No hallaba el modo de conciliar su reciente perdón, su ternura, su amor por la esposa enferma y una niña ajena con lo que le estaba ocurriendo ahora. Y, en verdad, ¿cuál había sido su recompensa? La soledad, el oprobio, las burlas, el abandono, el desprecio general. Los dos días siguientes a la marcha de su mujer, Alekséi Aleksándrovich recibió solicitantes, habló con su secretario, asistió a las sesiones del Comité y cenó en el comedor, como de costumbre. Aunque no se diera cuenta, a lo largo de esos días concentró todas sus fuerzas en un único objetivo: aparentar serenidad e incluso indiferencia. Cuando los criados le preguntaron qué debía hacerse con las habitaciones y las cosas de Anna Arkádevna, hizo esfuerzos sobrehumanos para simular que aquello no le había cogido de improviso y que no tenía nada de extraordinario, y lo cierto es que lo consiguió: nadie advirtió en él la menor huella de desesperación. Pero, al tercer día, cuando Kornéi le presentó la factura de una tienda de modas, que Anna había olvidado pagar, y le informó de que el dependiente esperaba en la entrada, Alekséi Aleksándrovich ordenó que le hicieran pasar. —Perdone que me haya atrevido a molestarle, excelencia. En caso de que prefiera que nos dirijamos a su señora esposa, haga el favor de facilitarme su dirección. Alekséi Aleksándrovich se sumió en sus pensamientos, o al menos así se lo pareció al dependiente, y de pronto se volvió y se sentó a la mesa. Pasó largo rato sin cambiar de postura, con la cabeza entre las manos. Varias veces intentó decir algo, pero no acabó de decidirse. Consciente de los sentimientos que embargaban a su señor, Kornéi pidió al dependiente que volviera en otra ocasión. Una vez solo, Alekséi Aleksándrovich tuvo que confesarse que no estaba en condiciones de seguir interpretando ese papel de hombre firme y sereno. Pidió que desengancharan el coche, ya listo en la puerta, dio órdenes de que no dejaran pasar a nadie y no se presentó en el comedor a la hora de cenar. Sabía que no sería capaz de soportar la presión del desprecio general, la animadversión que había adivinado en el rostro del empleado, en el de Kornéi y en el de todas las personas, sin excepción, con las que había coincidido en el transcurso de esos dos días. Comprendió que no podría librarse del odio ajeno, porque no se debía a una conducta reprehensible (en ese caso habría podido solucionarlo todo portándose mejor), sino a una desdicha vergonzosa y execrable. El hecho mismo de que tuviera el corazón hecho trizas haría que la gente se mostrara despiadada. Sus semejantes acabarían con él como los perros despedazan a uno de los suyos que ha resultado herido y aúlla de dolor. Sabía que el único modo de salvarse era ocultar sus heridas, y era lo que había intentado hacer instintivamente a lo largo de esos dos días. Pero ya no tenía fuerzas para proseguir esa lucha desigual. Su desesperación aumentó con la conciencia de que estaba completamente solo con su pena. Ni en San Petersburgo ni en ninguna otra parte había una sola persona a la que pudiera contarle todo lo que sentía, alguien que se compadeciera de él, no en su condición de alto funcionario o miembro de la sociedad, sino simplemente como

hombre que sufre. Alekséi Aleksándrovich se había quedado huérfano a muy corta edad. Sólo tenía un hermano. No se acordaba de su padre, y su madre había muerto cuando él tenía diez años. No disponían de muchos medios. Su tío Karenin, un importante funcionario que en otros tiempos había sido favorito del difunto emperador, se encargó de la educación de los dos hermanos. Después de concluir los estudios en el instituto y en la universidad con premios extraordinarios, Alekséi Aleksándrovich, gracias a la ayuda de su tío, inició una brillante carrera administrativa, y a partir de ese momento consagró todos sus esfuerzos a ascender en el escalafón. Ni en el instituto ni en la universidad, ni más tarde en el desempeño de sus funciones, había entablado relaciones de amistad con nadie. Su hermano era la persona más cercana, pero había ingresado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y había pasado toda su vida en el extranjero, donde murió poco después de la boda de Alekséi Aleksándrovich. En la época en que fue gobernador provincial, la tía de Anna, una señora muy rica de la zona, puso en contacto a su sobrina con ese hombre ya maduro, aunque joven para el cargo que ocupaba, y maniobró de tal manera que a Alekséi Aleksándrovich no le quedaron más que dos salidas: declararse o abandonar la ciudad. Durante mucho tiempo Karenin vaciló. Le parecía que ese paso ofrecía tantas ventajas como inconvenientes. Y no veía ninguna razón determinante que le obligara a traicionar la norma por la que se regía: en caso de duda, abstente. Pero la tía de Anna, sirviéndose de un conocido, le dio a entender que ya había comprometido a la muchacha y que su honor de caballero le obligaba a pedir su mano. Así lo hizo Alekséi Aleksándrovich, que a partir de ese momento profesó a su novia y futura esposa todo el cariño de que era capaz. La devoción que sentía por Anna excluyó de su alma cualquier necesidad de relaciones íntimas con sus semejantes. Y ahora descubría que entre todos sus conocidos no había nadie a quien pudiera dar el título de amigo. No carecía de eso que se llama contactos, pero no tenía ninguna persona cercana. Podía invitar a cenar a mucha gente, solicitar su concurso en algún asunto que le interesara, encomendar a algún solicitante, criticar abiertamente los actos de otros funcionarios y de miembros destacados del gobierno, pero sus relaciones con esos individuos se circunscribían a una esfera claramente definida por las costumbres y las conveniencias, de la que no era posible salir. Había un compañero de universidad con el que había intimado después y al que habría podido confiar su desgracia personal, pero era inspector de enseñanza en un distrito remoto. De todas las personas a las que trataba en San Petersburgo, las más allegadas y accesibles eran su secretario y su médico. Mijaíl Vasilievich Sliudin, el secretario, era un hombre bondadoso, inteligente y probo, y Alekséi Aleksándrovich advertía que estaba bien dispuesto hacia él; pero en los cinco años que llevaban trabajando juntos se había levantado entre ambos una barrera que impedía las efusiones del corazón. En cuanto terminó de firmar documentos, guardó silencio largo rato y se quedó mirando a Mijaíl Vasilievich; en varias ocasiones estuvo tentado de hablarle, pero no se decidió. Ya había preparado una frase: «¿Se ha enterado usted de mi desgracia?». Pero acabó diciendo, como de costumbre: —Entonces, prepáreme esos papeles. Y lo despidió. También el médico estaba bien dispuesto. Pero hacía tiempo que habían establecido un acuerdo tácito: los dos estaban abrumados de trabajo y tenían mucha prisa. En cuanto a las amigas, Alekséi Aleksándrovich no pensó en ellas; ni siquiera en la más destacada de todas, la condesa Lidia Ivánovna. Todas las mujeres, en su mera condición de tales, le parecían aterradoras y repulsivas. XXII. Alekséi Aleksándrovich se había olvidado de la condesa Lidia Ivánovna, pero ésta no se había olvidado de él. En ese momento tan penoso de desesperación y soledad se presentó en su casa y, sin hacerse anunciar, entró en su despacho. Se lo encontró en esa misma postura, con la cabeza entre las manos. —Me he saltado la orden —dijo, avanzando con pasos rápidos y respirando con dificultad por la emoción y la presteza de sus movimientos—. ¡Me he enterado de todo! ¡Alekséi Aleksándrovich! ¡Amigo mío! —prosiguió, cogiendo su mano entre las suyas y apretándosela con fuerza, mientras lo miraba con sus hermosos ojos pensativos. Alekséi Aleksándrovich, con el ceño fruncido, se levantó, liberó su mano y le acercó una silla. —Haga el favor de sentarse, condesa. No recibo porque no me encuentro bien —dijo, y sus labios temblaron. — ¡Amigo mío! —repitió la condesa Lidia Ivánovna, sin dejar de mirarlo. De pronto los bordes interiores de las cejas se alzaron, formando un triángulo sobre la frente. Su rostro feo y amarillento se volvió aún más desagradable, pero Alekséi Aleksándrovich notaba que le compadecía y que estaba a punto de echarse a llorar. Y se sintió conmovido: le cogió la mano regordeta y se puso a besarla—. ¡Amigo mío! —prosiguió la condesa, con la voz entrecortada por la emoción—. No debe usted abandonarse a su dolor. Su pena es muy grande, pero debemos encontrar algún consuelo. — ¡Estoy destrozado, aniquilado! ¡Ya no soy un hombre! —exclamó Alekséi Aleksándrovich y le soltó la mano, pero siguió mirando sus ojos llenos de lágrimas—. Mi situación es terrible porque no encuentro en ninguna parte, ni siquiera en mí mismo, puntos de apoyo. —Ya encontrará usted ese apoyo, no en mí, desde luego, aunque le ruego que no dude de mi amistad —dijo la condesa con un suspiro—. Nuestro apoyo es el amor, el amor que Dios nos ha legado. Su yugo es ligero —añadió con esa mirada exaltada que Alekséi Aleksándrovich conocía tan bien—. Dios le sostendrá y le ayudará. Aunque en esas palabras vibraba el enternecimiento ante la elevación de los sentimientos propios y la novedosa exaltación mística que se había difundido

en los últimos tiempos por San Petersburgo y que Alekséi Aleksándrovich juzgaba superflua, le agradó escucharlas. —Me siento débil. Estoy aniquilado. No he previsto nada y ahora no entiendo nada. —Amigo mío —repitió Lidia Ivánovna. — ¡No lamento lo que he perdido! ¡No lo lamento! —prosiguió Alekséi Aleksándrovich—. Pero no puedo dejar de avergonzarme delante de la gente por la posición en que me encuentro. Ya sé que no está bien, pero no puedo evitarlo. —No fue usted quien protagonizó ese noble acto de perdón que tanto hemos admirado todos, sino Dios, que moraba en su corazón —dijo la condesa Lidia Ivánovna, levantando los ojos con fervor—. Así que no tiene usted de qué avergonzarse. Alekséi Aleksándrovich frunció el ceño, apretó las manos e hizo crujir los nudillos. —Hay que conocer todos los detalles —dijo con su voz penetrante—. Las fuerzas de un hombre tienen sus límites, condesa, y yo he llegado al límite de las mías. Me he pasado el día entero dando disposiciones en la casa, obligado —recalcó esa última palabra— por mi nueva situación de hombre solo. Los criados, la institutriz, las cuentas... Todas esas menudencias me están consumiendo a fuego lento. Ya no puedo más. Ayer... casi me levanté de la mesa durante la cena. Era incapaz de soportar la mirada de mi hijo. No se atrevía a preguntarme qué estaba pasando, pero era evidente que quería hacerlo, y yo no podía aguantar su mirada. Le daba miedo mirarme, pero eso no es todo... Alekséi Aleksándrovich se disponía a mencionar la factura que le habían traído, pero le tembló la voz y se detuvo. El recuerdo de esa factura sobre papel azul, por un sombrero y unas cintas, le inspiraba compasión de sí mismo. —Le entiendo, amigo mío —dijo la condesa Lidia Ivánovna—. Lo entiendo todo. No es en mí en quien debe buscar amparo y consuelo, pero en cualquier caso he venido para ayudarle en lo que esté a mi alcance. Si pudiera liberarle de esas menudas preocupaciones tan humillantes... Por lo que veo, aquí hace falta la mano de una mujer. ¿Me permite que me encargue yo de esas cosas? Alekséi Aleksándrovich, sin pronunciar palabra, le apretó la mano en señal de agradecimiento. —Nos ocuparemos juntos de Seriozha. No tengo mucha experiencia en asuntos de orden práctico, pero pondré todo mi empeño. Seré su ama de llaves. No me dé las gracias. No soy yo quien lo hace... —No puedo menos de agradecerse. —Pero haga el favor de no abandonarse a ese sentimiento del que me habló usted antes, amigo mío: avergonzarse de lo que constituye la cumbre suprema del cristianismo. «El que se humilla será ensalzado». Y no tiene por qué darme las gracias. Es a Dios a quien debe dirigir sus súplicas y su agradecimiento. Sólo en Él encontraremos paz, consuelo, salvación y amor —dijo la condesa, levantando los ojos al techo, y a continuación se puso a rezar, como dedujo Alekséi Aleksándrovich por su silencio. Karenin la escuchaba, y las mismas expresiones que antes le habían parecido, si no desagradables, al menos superfluas, ahora se le antojaban naturales y confortadoras. No le gustaba ese novedoso espíritu de exaltación. Era creyente, la religión le interesaba, sobre todo, desde el punto de vista político, pero la nueva doctrina, que permitía algunas interpretaciones nuevas, le desagradaba por principio, precisamente porque abría la puerta al debate y el análisis. Antes había reaccionado con indiferencia e incluso con hostilidad a esas nuevas enseñanzas, y en presencia de Lidia Ivánovna, entusiasta seguidora, había evitado todo tipo de discusión, optando por guardar un obstinado silencio ante sus provocaciones. Ahora, por primera vez, oía sus palabras con agrado, sin contradecirla en su fuero interno. —Le agradezco de todo corazón tanto sus palabras como sus actos —dijo, cuando la condesa acabó de rezar. Lidia Ivánovna estrechó una vez más las dos manos de su amigo. —Bueno, ¿a qué estoy esperando? —dijo con una sonrisa, después de una pausa, mientras se enjugaba las lágrimas—. Voy a ver a Seriozha. Sólo le molestaré en caso de extrema necesidad. Acto seguido se levantó, salió y se dirigió a la habitación de Seriozha. Una vez allí, bañó de lágrimas las mejillas del asustado muchacho, le dijo que su padre era un santo y que su madre había muerto. La condesa Lidia Ivánovna cumplió su promesa. Se encargó de todas las tareas relativas al mantenimiento y la administración de la casa de Alekséi Aleksándrovich. Pero lo cierto es que no había exagerado cuando dijo que no tenía mucho talento para los asuntos prácticos. Había que cambiar todas sus disposiciones, ya que eran completamente irrealizables. Fue Kornéi, el ayuda de cámara de Alekséi Aleksándrovich, quien asumió la responsabilidad de introducir las modificaciones pertinentes. Sin que nadie se diera cuenta había empezado a llevar las riendas de la casa. Mientras ayudaba al señor a vestirse, le comunicaba todo lo necesario con tanto tino como buen juicio. Pero, en cualquier caso, la ayuda de Lidia Ivánovna fue efectiva en grado sumo: no sólo constituyó un apoyo moral para Alekséi Aleksándrovich, gracias a sus muestras de cariño y respeto, sino que, como le gustaba pensar, lo había convertido poco más o menos al cristianismo verdadero, pues, de hombre tibio e indiferente en materia de fe, se había transformado en ferviente y firme partidario de esa nueva doctrina que se había extendido en los últimos tiempos por San Petersburgo. A Alekséi Aleksándrovich no le resultó difícil dar ese paso. Lo mismo que Lidia Ivánovna y otras personas que compartían esa visión, carecía de imaginación, de esa facultad interior gracias a la cual las imágenes evocadas por la imaginación se vuelven tan reales que necesitan combinarse con otros conceptos y con la realidad misma. No se le antojaba imposible ni incongruente que la muerte existiera para los no creyentes pero no para él, y, dada la magnitud de su fe, de la que no había más juez que él mismo, su alma estaba libre de pecado, y su salvación asegurada ya en este

mundo. La verdad es que de un modo confuso se daba cuenta de la ligereza y el error de tal concepción de la fe. Sabía que cuando se entregó al sentimiento espontáneo del perdón, sin pensar que se debía a la influencia de una potencia suprema, había experimentado una felicidad mayor que la que le embargaba ahora, cuando pensaba a cada momento que Cristo moraba en su alma y que, cuando firmaba documentos, estaba cumpliendo su voluntad. En cualquier caso, dado el estado de humillación al que había llegado, necesitaba pensar así, necesitaba esta grandeza ilusoria. Sólo desde esta altura, él, despreciado por todos, podía despreciar a los demás. Por eso se aferraba a esas convicciones nuevas como si fueran una tabla de salvación. XXIII. Siendo la condesa Lidia Ivánovna una muchacha muy joven y exaltada, la casaron con un vividor rico y de buena familia, tan bondadoso como disoluto. Al segundo mes de matrimonio el marido la abandonó, respondiendo con ironía e incluso con hostilidad a sus efusivas demostraciones de ternura, algo que no podían entender quienes conocían el noble corazón del conde y no veían defectos en la apasionada Lidia. Desde entonces, aunque no se habían divorciado, vivían separados, y, cuando el conde se encontraba con su mujer, siempre la trataba con una ironía envenenada que nadie lograba explicarse. Hacía mucho tiempo que la condesa Lidia Ivánovna había dejado de amar a su marido, pero desde entonces siempre estaba enamorada de alguien. Solía enamorarse de varias personas a la vez, tanto de hombres como de mujeres, sobre todo de los que se distinguieran de alguna manera. Se encaprichaba de todas las princesas y todos los príncipes emparentados con la familia del zar. Se había prendado de un metropolitano, de un obispo, de un sacerdote. También de un periodista, de tres eslavófilos, de Komisárov, de un ministro, de un médico, de un misionero inglés y de Karenin. Todos estos amores, con sus diferentes fases de fervor y enfriamiento, llenaban su corazón y le procuraban una ocupación, y al mismo tiempo no le impedían tener relaciones más complicadas y diversas tanto en la corte como en la alta sociedad. Pero desde el día en que tomó bajo su protección especial al desdichado Karenin, se encargó de la administración de su casa y se preocupó de su bienestar, se dio cuenta de que todos sus amores anteriores no eran verdaderos, de que en realidad sólo estaba enamorada de Karenin. Tenía la impresión de que jamás la había embargado un sentimiento tan intenso. Cuando se ponía a analizarlo y hacía comparaciones, llegaba a la conclusión de que no se habría enamorado de Komisárov si no hubiera salvado la vida del emperador, ni tampoco de Ristich-Kudzhitski, de no haber sido por la cuestión eslava. En cambio, a Karenin lo amaba por sí mismo, por su alma elevada e incomprensible, por su voz aguda y su habla reposada, que le resultaba tan agradable, por su mirada cansada, por su carácter, por sus manos blancas y fofas, de venas protuberantes. No sólo le alegraba encontrarse con él, sino que buscaba en su rostro indicios de la impresión que le causaba. Aspiraba a que le gustaran no sólo sus palabras, sino toda su persona. Jamás había puesto tanto cuidado en su atuendo como ahora. Y se perdía en ensoñaciones sobre lo que habría pasado si ella no estuviera casada y él fuera libre. Cuando Karenin entraba en la habitación, se ruborizaba de emoción y no podía impedir que una sonrisa asomara a los labios cuando le dirigía una palabra amable. Hacía ya varios días que la condesa Lidia Ivánovna se hallaba en un estado de agitación extrema. Había llegado a su conocimiento que Anna y Vronski estaban en San Petersburgo. Había que evitar a Alekséi Aleksándrovich el suplicio de verla, impedir que se enterara de que esa horrible mujer se encontraba en la misma ciudad y podía encontrarse con ella en cualquier momento. Por medio de sus conocidos Lidia Ivánovna averiguó lo que se disponían a hacer esas «personas repulsivas», como llamaba a Anna y a Vronski, y procuró dirigir los movimientos de su amigo a lo largo de esos días para que no coincidiera con ellos. Un joven ayudante, amigo de Vronski, que era quien la tenía informada, pues contaba con el apoyo de la condesa para obtener una concesión del gobierno, le dijo que Anna y Vronski habían concluido sus asuntos y se disponían a abandonar la ciudad al día siguiente. Lidia Ivánovna había empezado ya a tranquilizarse cuando a la mañana siguiente recibió un billete, cuya letra reconoció con horror. Era la de Anna Karénina. El papel del sobre era tan grueso que parecía corteza de tilo y la hoja oblonga y amarillenta despedía un agradable perfume y tenía un inmenso monograma. — ¿Quién lo ha traído? — Un mozo del hotel. Durante un buen rato la condesa no fue capaz de sentarse a leer la carta. Su agitación era tan grande que sufrió un ataque de asma. Una vez que se tranquilizó, leyó el contenido de la nota, escrita en francés: Madame la Comtesse: Los sentimientos cristianos de que está imbuido su corazón me incitan a cometer la imperdonable audacia de escribirle. La separación de mi hijo me llena de pesar. Le ruego que me permita verlo una sola vez antes de mi partida. Perdona que le recuerde mi existencia. Me dirijo a usted, y no a Alekséi Aleksándrovich, porque no quiero que el recuerdo de mi persona haga sufrir a ese hombre magnánimo. Sé la amistad que le profesa usted, por eso he pensado que me entendería. ¿Me enviará usted a Seriozha, prefiere que vaya yo a casa a una hora determinada o espero a que me indique otro lugar donde pueda encontrarme con él? Conociendo la grandeza de alma de quien debe tomar la decisión, confío en no recibir una negativa. No puede usted imaginarse las ganas que tengo de ver a mi hijo, ni tampoco lo mucho que le agradecería su ayuda. Anna Todo en aquella carta irritó a la condesa: el contenido, la alusión a la magnanimidad y, sobre todo, el tono en que estaba escrita, que se le antojó

desenvuelto. —Dígale que no hay respuesta —indicó al mozo. Acto seguido abrió su carpeta y escribió a Alekséi Aleksándrovich, al que esperaba ver entre las doce y la una en la recepción de palacio: «Necesito hablar con usted de un asunto importante y doloroso. Allí acordaremos dónde reunirnos. Lo mejor sería que fuéramos a mi casa, donde ordenaré que le preparen su té. Es indispensable que nos veamos. El Señor nos impone su cruz, pero también nos da fuerzas para sobrellevarla», añadió, a fin de prepararle un poco. Por lo general, la condesa escribía dos o tres notas diarias a Alekséi Aleksándrovich. Le gustaba esa manera de comunicarse con él, pues combinaba la elegancia con el misterio, características que se echaban a faltar en sus relaciones personales. XXIV. La recepción había terminado. Mientras se retiraban, los invitados comentaban las últimas novedades del día: las condecoraciones acordadas, los cambios en las altas esferas. —Si al menos hubieran promovido a María Borísovna a ministra de la Guerra y a la princesa Vatkóvskaia a jefe de Estado Mayor —dijo un anciano de pelo blanco, con uniforme bordado en oro, dirigiéndose a una dama de honor alta y hermosa que le había preguntado por los nuevos nombramientos. — Y a mí a ayuda de campo —respondió la dama de honor con una sonrisa. —Pero si usted ya tiene un cargo en el departamento de asuntos religiosos, con Karenin como ayudante. — ¡Buenos días, príncipe! —exclamó el anciano, estrechando la mano de un hombre que venía a su encuentro. — ¿Qué estaba diciendo de Karenin? —preguntó el príncipe. —Putiakov y él han recibido la orden de Aleksandr Nevski. —Pensaba que ya la tenía. —No. Mírenlo —dijo el anciano, señalando con su sombrero galoneado a Karenin, que, con su uniforme de corte y su nueva banda roja al hombro, estaba al lado de la puerta de la sala, en compañía de uno de los miembros más influyentes del Consejo imperial—. Contento y feliz como un niño con zapatos nuevos —añadió, deteniéndose para estrechar la mano de un apuesto chambelán, de complexión atlética. —No, ha envejecido —objetó éste. —Por culpa de las preocupaciones. Se pasa el tiempo redactando proyectos. No soltaré a su desdichado interlocutor hasta que le haya explicado su plan punto por punto. — ¿Dice usted que ha envejecido? Despierta pasiones. Creo que la condesa Lidia Ivánovna tiene celos de su mujer. — ¡Vamos, vamos! Haga el favor de no hablar mal de la condesa Lidia Ivánovna. — ¿Y qué tiene de malo decir que se ha enamorado de Karenin? — ¿Es cierto que la señora Karénina está aquí? —No aquí, en el palacio, pero sí en San Petersburgo. Ayer me la encontré en la calle Morskaia. Iba del bracete con Alekséi Vronski. —Es un hombre que no tiene... —empezó a decir el chambelán, pero se interrumpió para dejar paso y saludar a un miembro de la familia imperial. Mientras esas personas seguían hablando de Alekséi Aleksándrovich, criticándole y ridiculizándole, éste, cerrando el paso al miembro del Consejo imperial que había caído en sus manos, le exponía punto por punto su proyecto financiero, sin interrumpirse ni por un momento para no darle ocasión de escapar. Casi al mismo tiempo que su mujer le abandonó, Alekséi Aleksándrovich se había encontrado en la peor situación que cabe imaginar para un funcionario: la marcha ascendente de su carrera se había interrumpido. Y el único que no se daba cuenta era el propio interesado. Ya fuera por el enfrentamiento con Strémov, por la desgracia con su mujer o porque había llegado al límite que le estaba destinado, el caso es que ese año a todo el mundo le pareció obvio que su carrera administrativa había terminado. Todavía ocupaba un cargo importante, era miembro de muchas comisiones y comités, pero era un hombre acabado del que ya no se esperaba nada. Cualesquiera que fueran sus palabras o propuestas, todo el mundo lo escuchaba como si estuviera exponiendo algo archisabido e innecesario. Pero Alekséi Aleksándrovich no se daba cuenta; al contrario, desde que no participaba de manera activa en las tareas gubernamentales, veía con más claridad que antes las faltas y los errores que cometían los demás y consideraba su deber indicarles el modo de corregirlos. Poco después de separarse de su mujer, empezó a escribir un informe sobre los tribunales nuevos, el primero de una serie interminable de documentos totalmente superfluos sobre cualquier rama de la administración. Lejos de ser consciente de su posición desesperada en los ambientes oficiales o de lamentarse por ello, estaba más satisfecho que nunca de su actividad. «El hombre casado se preocupa de asuntos mundanos y de cómo agradar a su esposa; el soltero, de las cosas de Dios y del modo de servirle mejor», dice el apóstol Pablo. Y él, que ahora se guiaba en todo por las Escrituras, se acordaba con frecuencia de ese texto. Tenía la impresión de que, desde que su mujer se había marchado, servía mejor al Señor, gracias a sus proyectos. La visible impaciencia del miembro del Consejo, que no veía el modo de librarse de él, no molestó a Alekséi Aleksándrovich. No dio por concluidas las explicaciones hasta que su interlocutor, aprovechando que un miembro de la familia imperial pasaba por allí, logró escabullirse. Una vez solo, bajó la cabeza, puso en orden sus ideas, miró a su alrededor con aire distraído y se dirigió a la puerta, donde esperaba encontrarse con la condesa Lidia Ivánovna. «¡Qué fuertes y robustos son todos! —se dijo, contemplando al pasar las patillas bien peinadas y perfumadas del vigoroso chambelán y el cuello rojo del príncipe, ceñido por el uniforme—. Con razón dicen que todo va mal en el mundo», pensó, mirando de reojo las pantorrillas del chambelán. Moviendo los pies sin apresurarse, Alekséi Aleksándrovich, con su habitual aspecto de cansancio y dignidad, saludó a los señores que estaban hablando de él y, mirando hacia la puerta, se puso a buscar con los ojos a la condesa Lidia Ivánovna. — ¡Ah, Alekséi

Aleksándrovich! —dijo el anciano, con un brillo maligno en los ojos, en el momento en que Karenin llegaba a su altura, e inclinó la cabeza con frialdad—. Aún no le he felicitado —añadió, señalando la banda que acababa de recibir. —Gracias —contestó Alekséi Aleksándrovich—. Qué día tan maravilloso —agregó, recalcando la última palabra, como solía hacer. Sabía que se estaban burlando de él, pero no esperaba de ellos más que hostilidad. Ya estaba acostumbrado. Al divisar en la puerta los hombros amarillentos de la condesa Lidia Ivánovna, que sobresalían del corsé, y sus hermosos y pensativos ojos, que lo llamaban, Alekséi Aleksándrovich sonrió, dejando al descubierto sus dientes blancos e impolutos, y se acercó a ella. Como era habitual en los últimos tiempos, el vestido que llevaba Lidia Ivánovna le había causado muchos desvelos. El propósito que perseguía ahora era completamente distinto del de treinta años antes. Entonces quería adornarse con cualquier cosa, cuanto más, mejor. Ahora, por el contrario, se creía en la obligación de recurrir a atavíos que no cuadraban con su edad ni con su figura, y lo único que le preocupaba era que el contraste entre sus adornos y su aspecto no fuera demasiado brutal. En lo que respecta a Alekséi Aleksándrovich lo había conseguido, pues la encontraba encantadora. En medio de ese mar de hostilidad y burlas que le rodeaba, el amor y la simpatía de aquella mujer constituían la única isla. Al atravesar esa red de miradas irónicas, se sentía atraído por esos ojos amorosos con la misma naturalidad que una planta por la luz. —Le felicito —le dijo la condesa, señalando la banda con los ojos. Reprimiendo una sonrisa de satisfacción, Alekséi Aleksándrovich se encogió de hombros y cerró los ojos, como dando a entender que semejantes cosas no podían alegrarlo. La condesa Lidia Ivánovna sabía perfectamente que la distinción constituía uno de sus principales motivos de satisfacción, aunque jamás se atrevería a reconocerlo. — ¿Y cómo está nuestro ángel? —preguntó la condesa, refiriéndose a Seriozha. —No puedo decir que esté muy contento de él —respondió Alekséi Aleksándrovich, arqueando las cejas y abriendo más los ojos—. Y tampoco lo está Sítnikov. —Sítnikov era el maestro al que habían confiado la educación de Seriozha— Como ya le he dicho a usted, da muestras de cierta frialdad ante las cuestiones esenciales, que deben conmover el alma de cualquier persona y de cualquier niño. —Empezó a exponer su opinión sobre el único asunto que le interesaba más allá de las tareas administrativas: la educación de su hijo. Cuando Alekséi Aleksándrovich, con la ayuda de Lidia Ivánovna, volvió a la vida y retomó sus actividades, llegó a la conclusión de que estaba obligado a ocuparse de la educación del hijo que había quedado en sus manos. Como nunca se había interesado por esas cuestiones, dedicó algún tiempo al estudio teórico del tema. Después de leer varias obras de antropología, pedagogía y didáctica, elaboró un plan de estudios y, para ponerlo en práctica, llamó al mejor preceptor de San Petersburgo. A partir de entonces el problema se convirtió en motivo constante de atención. — Pero ¿y el corazón? Veo que tiene el mismo corazón de su padre, y con un corazón así el niño no puede ser malo —replicó Lidia Ivánovna con entusiasmo. —Sí, tal vez.. En lo que a mí respecta, trato de cumplir con mi deber. Es todo lo que puedo hacer. —Venga a mi casa —dijo la condesa, después de una pausa—. Tengo que hablarle de un asunto bastante doloroso para usted. Daria cualquier cosa por evitarle ciertos recuerdos, pero otras personas no piensan de la misma manera. He recibido una carta de ella. Está aquí, en San Petersburgo. Al oír mencionar a su mujer, Alekséi Aleksándrovich se estremeció, pero al momento su rostro recobró esa inmovilidad cadavérica que expresaba su completa impotencia en ese asunto. —Lo esperaba —dijo. La condesa Lidia Ivánovna lo miró extasiada, y unas lágrimas de admiración brotaron en sus ojos ante esa grandeza de alma. XXV. Cuando Alekséi Aleksándrovich entró en el pequeño y acogedor gabinete de la condesa Lidia Ivánovna, lleno de retratos y de porcelana antigua, no encontró a la dueña de la casa. Se estaba cambiando de traje. En la mesa redonda, cubierta con un mantel, había un servicio de té chino y una tetera de plata que funcionaba con alcohol. Alekséi Aleksándrovich paseó una mirada distraída por los innumerables y familiares retratos que adornaban la habitación, se sentó y abrió el Evangelio que había sobre la mesa. El frufú del vestido de seda de la condesa le distrajo. —Bueno, ya podemos pasar un rato tranquilos —dijo Lidia Ivánovna con una sonrisa emocionada, al tiempo que se deslizaba apresuradamente entre la mesa y el sofá—. Y, mientras hablamos, tomaremos el té. Después de un breve preámbulo para prepararlo, la condesa, respirando con dificultad y ruborizándose, le entregó a Alekséi Aleksándrovich la carta que había recibido. Después de leerla, Karenin guardó silencio largo rato. —Supongo que no tengo derecho a negárselo —dijo con timidez, levantando los ojos. — ¡Amigo mío! ¡Usted no ve el mal en nada! —Al contrario, lo veo en todas partes. Pero ¿acaso sería justo...? En su rostro se reflejaba la indecisión, el deseo de que alguien le aconsejara, le brindara apoyo y le sirviera de guía en un asunto incomprensible para él. —No —le interrumpió la condesa—. Todo tiene sus límites. Comprendo la inmoralidad —en ese punto no era del todo sincera: nunca había podido entender qué llevaba a las mujeres a comportarse de un modo inmoral—, pero no la crueldad. ¿Y con quién? ¡Con usted! ¿Cómo se le ha ocurrido venir a la misma ciudad en la que vive usted? No, nunca deja una de aprender cosas. Yo estoy aprendiendo a comprender la grandeza de usted y la bajeza de ella. — ¿Y quién tirará la primera piedra? —preguntó Alekséi Aleksándrovich, sin duda satisfecho de su papel—. Después de perdonarlo todo, no

puedo privarla de esa necesidad de su corazón, del amor por su hijo... — ¿Llama amor a eso, amigo mío? ¿Acaso es sincero? Supongamos que la haya perdonado usted, que la perdona... Pero ¿tenemos derecho a influir en el alma de ese ángel? Él cree que su madre ha muerto. Reza por ella y le pide a Dios que perdone sus pecados... Es mejor así. ¿Y qué va a pensar ahora? —No se me había ocurrido —respondió Alekséi Aleksándrovich, que obviamente estaba de acuerdo. La condesa se cubrió la cara con las manos y guardó silencio. Estaba rezando. —Si quiere saber mi opinión —dijo por fin, descubriendo el rostro, una vez terminadas sus oraciones—, creo que no debe hacerlo. ¿Acaso no me doy cuenta de que sufre usted, de que se han reabierto las heridas? Supongamos que se olvida usted de sí mismo, como siempre. Pero ¿a qué puede conducir esta situación? A nuevos sufrimientos para usted y más tormentos para el niño. Si a esa mujer le quedara algo de humanidad, sería la primera en comprenderlo. No, estoy plenamente convencida de que debe usted negarse. Y, si me lo permite usted, me encargaré de redactar la contestación. Alekséi Aleksándrovich dio su consentimiento, y la condesa escribió la siguiente carta en francés: Mi querida señora: Si le recordamos al niño la existencia de su madre, podemos enfrentarnos con preguntas imposibles de responder sin obligarle a poner en tela de juicio cosas que deberían ser sagradas para él. Por tanto, le ruego que comprenda la negativa de su marido, a quien guía un sentimiento de caridad cristiana. Ruego a Dios Todopoderoso que sea misericordioso con usted. Condesa Lidia Aunque no lo reconociera, la condesa Lidia Ivánovna perseguía un objetivo secreto con esa carta: ofender a Anna en lo más profundo de su alma. Y a fe que lo consiguió. En cuanto a Alekséi Aleksándrovich, al regresar de casa de la condesa, no fue capaz de entregarse a sus ocupaciones habituales ni de encontrar la paz interior del hombre seguro de su fe y de su salvación que había experimentado antes. La imagen de su mujer, tan culpable ante él y con quien se había portado como un santo, como decía con tanta justicia la condesa Lidia Ivánovna, no habría debido turbarle. Pero estaba intranquilo: no entendía nada de lo que leía, no conseguía desembarazarse de los crueles recuerdos de su vida en común, no dejaba de repasar los errores que, según le parecía ahora, había cometido. Una cuestión le atormentaba y le roía las entrañas: ¿por qué, cuando Anna le confesó su infidelidad, al volver de las carreras, sólo le había exigido que guardara las apariencias? ¿Y por qué no había desafiado a Vronski? No menos desazón le causaba la carta que había escrito a su mujer, sobre todo su perdón, que nadie necesitaba. Y, cuando pensaba en sus desvelos por la criatura de otro, sentía que la vergüenza y los remordimientos le abrasaban el corazón. Ese mismo sentimiento de vergüenza, esos mismos remordimientos le embargaban ahora al evocar su pasado y las torpes palabras con que se había declarado, después de largas vacilaciones. «¿Qué culpa tengo yo?», se decía. Y esa pregunta le llevaba a otra: ¿sentirían, a Marian y se casarían de otra manera los demás hombres, esos Vronskis y Oblonskis..., esos chambelanes de gruesas pantorrillas? Y por su imaginación desfilaba toda una serie de personas vigorosas, vivaces, seguras de sí mismas, que siempre habían despertado su interés. Ahuyentaba tales pensamientos, trataba de convencerse de que su objetivo no era esa vida pasajera, sino la eterna, que su alma rebosaba de paz y de amor. Pero el hecho de haber cometido algunos errores de poca monta, según le parecía, en esa vida temporal e insignificante, le causaba la misma desesperación que si la salvación eterna en la que creía no existiera. No obstante, no tardó en superar esa zozobra, y en su alma se restablecieron esa serenidad y esa altura de miras que le permitían olvidar lo que no quería recordar. XXVI. — Entonces, Kapitónich —dijo Seriozha, que volvía colorado y alegre de su paseo, la víspera de su cumpleaños, mientras entregaba su chaqueta plisada al viejo y gigantesco portero, que sonreía a su joven amo desde lo alto de su corpachón—, ¿ha venido ese empleado con la cabeza vendada? ¿Lo ha recibido papá? —Sí. En cuanto salió el secretario, lo anuncié —respondió el portero, guiñando alegremente un ojo—. Deje, ya se lo quito yo. — ¡Seriozha! —dijo el preceptor eslavo, deteniéndose en la puerta que conducía a las habitaciones interiores—. Quíteselo usted mismo. Aunque Seriozha había oído la débil voz del preceptor, no le hizo caso. Agarrado al cinturón del portero, le miraba a la cara. — ¿Y ha hecho papá lo que necesitaba? El portero asintió con la cabeza. Seriozha y el portero estaban interesados en ese funcionario de la cabeza vendada, que ya había ido siete veces a ver a Alekséi Aleksándrovich. Seriozha se lo había encontrado una vez en la entrada y había oído cómo suplicaba lastimosamente al portero que lo anunciara, diciendo que tanto él como sus hijos estaban condenados a morir. Desde entonces la suerte de ese funcionario, con quien había vuelto a tropezarse otra vez en el vestíbulo, preocupaba a Seriozha. — ¿Y estaba muy contento? —preguntó. — ¡Y cómo no iba a estarlo! Poco le faltó para salir de aquí dando saltos. — ¿Han traído algo? —preguntó Seriozha, después de una pausa. —Sí, señorito —dijo el portero en un susurro, sacudiendo la cabeza—. Un paquete de parte de la condesa. Seriozha comprendió en seguida que ese paquete debía de ser un regalo de cumpleaños de la condesa Lidia Ivánovna. — ¿De veras? ¿Dónde está? —Kornéi se lo ha llevado a su papá. ¡Debe de ser algo muy bonito! — ¿Cómo es de grande? ¿Así? —Un poco menos. Pero es muy bonito. — ¿Es un libro? —No, una cosa. Entre, entre. Vasili Lukich lo está llamando —respondió el portero, al oír los pasos del preceptor, cada vez más cercanos, y, abriendo con cuidado la manita con el guante a medio quitar que

le sujetaba del cinturón, guiñó un ojo y se lo señaló con un movimiento de cabeza. — ¡Voy en seguida, Vasili Lukich! — exclamó Seriozha, con esa sonrisa alegre y cariñosa que desarmaba siempre al concienzudo preceptor. Seriozha se sentía demasiado alegre, demasiado feliz para no compartir con su amigo el portero otra buena noticia familiar, de la que le había informado durante su paseo por el Jardín de Verano la sobrina de la condesa Lidia Ivánovna. Esa buena noticia le parecía especialmente importante por coincidir con la alegría del funcionario y con la suya propia por los juguetes que había recibido. Tenía la impresión de que ese día todo el mundo debía estar feliz y contento. — ¿Sabes que a papá le han concedido la orden de Aleksandr Nevski? — ¡Cómo no lo voy a saber! Ya han venido algunas personas a felicitarle. — ¿Y está contento? — ¿Cómo no lo va a estar después de recibir esa prebenda del zar? Eso significa que se la merece — dijo el portero con aire serio y grave. Seriozha se quedó pensativo, examinando el rostro del portero, que había estudiado en sus menores detalles, sobre todo el mentón, oculto entre las patillas canosas e invisible para todo el mundo excepto para él, que siempre lo contemplaba desde abajo. — ¿Hace mucho que no viene a verte tu hija? La hija del portero era bailarina de ballet. — ¿Cómo va a venir en día laborable? Tiene que estudiar. Y usted también, señorito. Váyase. Al entrar en la habitación, Seriozha, en lugar de ponerse a hacer los deberes, le dijo a su profesor que tenía la sospecha de que el regalo que había recibido era una locomotora. — ¿Usted qué cree? — preguntó. Pero Vasili Lukich sólo pensaba en que Seriozha debía preparar la lección de gramática, porque el profesor llegaría a las dos. — Dígame sólo una cosa, Vasili Lukich — dijo de pronto, ya sentado a su mesa de trabajo y con el libro en la mano—. ¿Hay alguna orden más importante que la de Aleksandr Nevski? ¿Sabe que se la han concedido a papá? Vasili Lukich respondió que la orden de San Vladimiro era más importante que la de Aleksandr Nevski. — ¿Y hay alguna más importante? — La más importante de todas es la de San Andrés. — ¿No hay ninguna más importante? — No lo sé. — ¿Cómo? ¿Tampoco usted lo sabe? Y Seriozha, apoyando los codos en la mesa, se sumió en sus propias reflexiones, bastante complejas y diversas. Se imaginaba que su padre recibía de pronto la orden de San Vladimiro y la de San Andrés, y que, como consecuencia de ello, ese día se mostraba mucho más indulgente con la lección. También se figuraba que cuando él fuera mayor recibiría todas las condecoraciones, incluso las que inventaran por encima de la de San Andrés. En cuanto crearan una orden nueva, se la ganaría con sus méritos. Y, si instituían otra todavía más alta, no tardaría en ser digno de ella. En semejantes reflexiones ocupó el tiempo. Cuando llegó el profesor, no había preparado la lección sobre los complementos adverbiales de tiempo, lugar y modo, de suerte que éste se mostró descontento y disgustado. Su desazón conmovió a Seriozha. Se sentía culpable de no haberse aprendido la lección. Pero, por más que lo había intentado, no había podido hacerlo. Cuando el profesor le explicaba algo, creía comprenderlo, pero, en cuanto se quedaba solo, no se acordaba de nada y le resultaba totalmente incomprensible que unas expresiones tan breves y claras como «de repente» fueran complementos adverbiales de modo. En cualquier caso, lamentaba haber disgustado al profesor y quería congraciarse con él. Eligió para ello un momento en que el profesor estaba mirando un libro en silencio. — Mijaíl Ivánich, ¿cuándo es su santo? — preguntó de pronto. — Más valdría que pensara usted en sus tareas. ¿Qué importancia puede tener el santo para una persona inteligente? Es un día como cualquier otro, en el que es necesario trabajar. Seriozha miró atentamente a Mijaíl Ivánich, examinó su barbita rala, sus gafas, que habían caído por debajo de la marca roja de la nariz, y se sumió en sus propios pensamientos, de suerte que no escuchó nada de lo que le estaba explicando el profesor. Se daba cuenta de que éste no pensaba en lo que decía, lo advertía en el tono de su voz. «¿Por qué se habrán puesto todos de acuerdo para decirme de la misma forma las cosas más aburridas e innecesarias? ¿Por qué me rechaza? ¿Por qué no me quiere?», se preguntaba con tristeza y no encontraba ninguna respuesta. XXVII. Después de la lección del profesor, llegó el turno de la del padre. Mientras le esperaba, Seriozha, sentado a la mesa, jugaba con un cortaplumas y seguía el curso de sus ideas. Una de sus ocupaciones favoritas era buscar a su madre durante sus paseos. No creía en la muerte en general, y aún menos en la de su madre, a pesar de las afirmaciones de la condesa Lidia Ivánovna y de su padre. Por eso, desde que le dijeron que había muerto, la buscaba cuando salía a pasear. Cualquier mujer de formas llenas, agraciada y de cabellos oscuros le parecía su madre. Cuando veía a una mujer de esas características, un sentimiento de ternura embargaba su alma, se sofocaba y los ojos se le llenaban de lágrimas. Esperaba que se le acercara en cualquier momento y se levantara el velo. Entonces vería su cara, ella le sonreiría, le abrazaría, y él reconocería su perfume, percibiría la suavidad de su mano y se echaría a llorar de felicidad, como una noche en que rodó a sus pies, porque ella le hacía cosquillas, mientras él se reía como loco y le mordía los blancos dedos cargados de sortijas. Más tarde se enteró casualmente, por medio de la niñera, de que su madre no había muerto, de que su padre y Lidia Ivánovna se habían inventado esa historia para tapar sus faltas (en las que Seriozha no podía creer, tan grande era el cariño que le profesaba), y siguió buscándola y esperándola como antes. Ese día, en el Jardín de Verano, había una señora con un velo de color lila, a la que había mirado con el corazón encogido, mientras se acercaba a él por el camino, esperando que fuera ella. Pero, antes de

llegar a su altura, la mujer había desaparecido en alguna parte. Ese día Seriozha sentía que su cariño por su madre era más intenso que nunca. Mientras esperaba a su padre, los ojos brillantes, la mirada al frente, olvidado de sí mismo, rayó el borde de la mesa con el cortaplumas. — ¡Ahí viene su papá! —le dijo Vasili Lukich, sacándole de su ensimismamiento. Seriozha se puso en pie de un salto, se acercó a su padre, le besó la mano y lo miró atentamente, intentando descubrir algún indicio de alegría por haber recibido la orden de Alexander Nevski. — ¿Ha ido bien el paseo? —preguntó Alekséi Aleksándrovich, sentándose en su sillón y acercando el ejemplar del Antiguo Testamento, que abrió por una página concreta. A pesar de que más de una vez le había dicho a su hijo que todo cristiano debe conocer a fondo la historia sagrada, él mismo consultaba a menudo el Antiguo Testamento, como Seriozha había advertido. — Sí, me he divertido mucho, papá —respondió el niño, sentándose de lado en la silla y balanceándose, algo que estaba prohibido—. He visto a Nádenka —una sobrina de Lidia Ivánovna a la que ésta educaba— y me ha dicho que le han concedido a usted una nueva condecoración. ¿Está contento, papá? —En primer lugar haz el favor de no balancearte —dijo Alekséi Aleksándrovich—. En segundo, lo que debe uno apreciar es el trabajo, no la recompensa. Me gustaría que comprendieras eso. Si trabajas y estudias con el único objetivo de recibir una recompensa, el esfuerzo te resultará penoso. Pero, si te mueve el amor al trabajo, encontrarás en él tu recompensa. —Mientras Alekséi Aleksándrovich pronunciaba esas palabras, se acordó de que por la mañana, mientras firmaba ciento dieciocho documentos, el sentido del deber había sido su único apoyo a la hora de cumplir con su ingrata tarea. Ante la mirada de su padre, Seriozha bajó la vista, y sus ojos perdieron ese brillo que les comunicaba la ternura y la alegría. Conocía bien el tono que empleaba su padre cuando le dirigía la palabra y había aprendido ya a adaptarse. Su padre siempre le hablaba —o al menos tal era la impresión de Seriozha— como si se estuviera dirigiendo a un niño imaginario, uno de esos que aparecen en los libros, a los que él no se parecía en nada. Y delante de su padre siempre trataba de fingir que era uno de esos niños de los libros. —Espero que lo entiendas —prosiguió el padre. — Sí, papá —replicó Seriozha, desempeñando el papel de ese niño imaginario. La lección consistía en aprenderse de memoria algunos versículos del Evangelio y en repasar los primeros capítulos del Antiguo Testamento. Seriozha se sabía bastante bien los versículos, pero, mientras los recitaba, se quedó contemplando el hueso frontal de su padre, que se curvaba abruptamente a la altura de las sienes, perdió el hilo y, confundido por la repetición de una misma palabra, pasó el final de un versículo al comienzo de otro. A Alekséi Aleksándrovich le pareció evidente que no entendía lo que estaba diciendo y se enfadó. Frunció el ceño y empezó a explicarle algo que había repetido cientos de veces, pero que Seriozha jamás conseguía recordar, a pesar de que le parecía muy claro. Era lo mismo que le pasaba cuando le decían que «de repente» era un complemento adverbial de modo. Seriozha miraba a su padre con ojos asustados y sólo pensaba en una cosa: ¿le haría repetir su padre, como sucedía a menudo, lo que acababa de decir? Esta idea le daba tanto miedo que no conseguía entender nada. Pero su padre no le obligó a repetir sus palabras y pasó a la lección del Antiguo Testamento. Seriozha relató bastante bien los hechos, pero cuando tuvo que indicar lo que prefiguraban esos acontecimientos, no supo qué decir, a pesar de que ya le habían castigado por no aprenderse esa lección. Cuando llegó a los patriarcas antediluvianos fue incapaz de decir nada, se quedó en blanco, y se puso a rayar la mesa con el cortaplumas y a balancearse en la silla. No se acordaba de ninguno, sólo de Enoc, que había ascendido vivo al cielo. Antes se sabía los nombres, pero ahora los había olvidado por completo. El caso de Enoc era distinto, porque era su personaje favorito del Antiguo Testamento. Su subida al cielo se relacionaba en su cabeza con una serie de ideas a las que se entregaba en ese momento, mientras miraba fijamente la cadena del reloj de su padre y un botón medio desabrochado de su chaleco. Seriozha no creía para nada en la muerte, de la que le hablaban tan a menudo. No creía que las personas a quienes quería pudiesen morir, y mucho menos que pudiera morir él mismo. Le parecía algo de todo punto imposible e incomprensible. Sin embargo, no paraban de decirle que todo el mundo tenía que morir. Se lo había preguntado a personas que le inspiraban confianza, y también ellas se lo habían confirmado. Hasta la niñera se lo había dicho, aunque de mala gana. Pero Enoc no había muerto, lo que significaba que no todos morían. «¿Es que no puede cualquiera alcanzar los mismos méritos ante Dios y ser llevado vivo al cielo?», pensaba Seriozha. Los malos, es decir, aquellos a quienes Seriozha no quería, podían morir, pero los buenos debían ser todos como Enoc. — Bueno, ¿quiénes son los patriarcas? — Enoc, Enos. — Ya los has nombrado antes. Mal, Seriozha, muy mal. Si no eres capaz de aprender las cosas más importantes para un cristiano —dijo su padre, levantándose—, ¿qué es lo que va a interesarte? Estoy muy descontento de ti, y también lo está Piotr Ignátévich. — Así se llamaba el preceptor principal—. Tengo que castigarte. La verdad es que tanto su padre como el preceptor tenían motivos para estar descontentos, porque Seriozha estudiaba muy mal. En cualquier caso, no podía decirse que careciera de aptitudes. Al contrario, era mucho más capaz que los niños que su preceptor le ponía de ejemplo. En opinión del padre, Seriozha no quería aprenderse lo que le enseñaban. Lo cierto es que tal incapacidad se debía a que su alma tenía exigencias no sólo más apremiantes que las que le imponían su padre y el

preceptor, sino que además entraban en conflicto con ellas. Por eso luchaba abiertamente con sus educadores. Tenía nueve años, era todavía un niño, pero conocía su alma, la apreciaba y la protegía, como el párpado el ojo, y no permitía que nadie penetrara en ella sin la llave del afecto. Sus educadores se quejaban de que no quería aprender, pero lo cierto es que su alma estaba sedienta de conocimientos. Aprendía con Kapitónich, con la niñera, con Nádenka, con Vasili Lukich, pero no con sus maestros. El agua con que contaban su padre y el preceptor para mover la rueda se había filtrado hacía mucho tiempo, pero seguía cumpliendo su labor en otro lugar. Como castigo su padre le impuso la prohibición de ir a casa de Nádenka, la sobrina de Lidia Ivánovna. Pero el castigo acabó volviéndose en su favor. Vasili Lukich estaba de buen humor y le enseñó a hacer molinos de viento. Pasó toda la tarde trabajando y pensando en el modo de construir un molino en el que pudiera girar: se agarraría a las aspas o se ataría a ellas, y daría vueltas. No pensó en su madre en toda la velada, pero, al irse a la cama, su imagen le vino de pronto a la cabeza, y rezó a su manera para que dejara de ocultarse y le hiciera una visita al día siguiente, que era su cumpleaños. —Vasili Lukich, ¿sabe lo que he pedido esta noche en mis oraciones, además de lo de siempre? — ¿Aprender mejor las lecciones? —No. — ¿Más juguetes? —No. No lo adivinará. Es una cosa maravillosa. Pero se trata de un secreto. Si se cumple, se lo diré. ¿No lo adivina? —No, no lo adivino. Dígamelo —replicó Vasili Lukich con una sonrisa, algo que no sucedía a menudo—. Bueno, métase en la cama. Voy a apagar la vela. —A oscuras veré mejor lo que he pedido en mis oraciones. ¡Vaya, he estado a punto de descubrirle mi secreto! —dijo Seriozha, riendo alegremente. Cuando se llevaron la vela, Seriozha oyó a su madre y sintió su presencia. Estaba delante de él y le acariciaba con su afectuosa mirada. De pronto aparecieron los molinos y el cortaplumas, luego todo se confundió en su cabeza y Seriozha se quedó dormido. XXVIII. Al llegar a San Petersburgo, Vronski y Anna se alojaron en uno de los mejores hoteles. Vronski se instaló aparte, en el piso bajo, y Anna, con la niña, la nodriza y la doncella, en el piso de arriba, en un gran departamento de cuatro habitaciones. El mismo día de su llegada Vronski fue a ver a su hermano. También se encontró con su madre, que había venido de Moscú para ocuparse de sus asuntos. Su madre y su cuñada lo recibieron como de costumbre. Le preguntaron por su viaje al extranjero, hablaron de amigos comunes, pero no mencionaron su relación con Anna. Su hermano, al devolverle la visita al día siguiente, fue el primero en referirse a ella. Vronski le dijo sin tapujos que consideraba su relación con Anna como si de un matrimonio se tratara; que esperaba arreglar el divorcio para regularizar su situación. Hasta que llegara ese momento consideraba a Anna su legítima esposa, y le pidió que se lo transmitiera así a su madre y a Varia. —Me da igual que la sociedad no tolere mi proceder —dijo Vronski—, pero, si mi familia quiere seguir considerándome uno de los suyos, debe aceptar a mi mujer. El hermano de Vronski, que siempre había respetado las ideas de Alekséi, prefirió que fuera la sociedad la que decidiera si tenía razón o estaba equivocado. En cuanto a él, no tenía nada en contra, así que fue a ver a Anna en compañía de su hermano. Como hacía cuando había extraños delante, Vronski habló a Anna de usted y la trató como si fuera una amiga íntima. No obstante, se daba por sentado que el hermano estaba al tanto de su relación, así que pudieron comentar abiertamente que Anna iba a acompañarlo a la hacienda de los Vronski. A pesar de su conocimiento de la sociedad, Vronski había incurrido en un extraño error, a raíz de la nueva posición en la que se encontraba. Tendría que haber comprendido que el gran mundo estaba cerrado para Anna y para él. Pero, después de una serie de vagas reflexiones, había llegado a la conclusión de que tal actitud era una cosa del pasado; en los tiempos presentes, gracias al fulgurante avance del progreso (sin darse cuenta se había vuelto partidario de cualquier clase de progreso), el punto de vista de la sociedad había cambiado. En suma, aún no estaba claro qué acogida les dispensaría la sociedad. «Naturalmente —se decía— los círculos de la corte no la recibirán, pero los allegados pueden y deben hacerse cargo de la situación.» Puede uno pasar horas enteras sentado en la misma postura, con las piernas cruzadas, cuando sabe que goza de libertad de movimiento; en caso contrario, tendrá calambres y temblores en las piernas, y buscará la manera de estirarlas hacia algún sitio. Lo mismo sentía Vronski con respecto a la sociedad. Aunque en lo más profundo de su alma sabía que el gran mundo estaba cerrado para ellos, albergaba la esperanza de que hubiera cambiado y los aceptara. No obstante, no tardó en descubrir la verdad: esas puertas podrían abrirse para él, pero nunca para Anna. Como en el juego del gato y el ratón, los brazos que se alzaban cuando pasaba él, se bajaban cuando se acercaba Anna. Una de las primeras señoras de la sociedad petersburguesa con quien se encontró Vronski fue su prima Betsy. — ¡Por fin! —exclamó con alegría—, ¿Y Anna? ¡Cuánto me alegro! ¿Dónde os alojáis? Me figuro que, después de ese viaje maravilloso, San Petersburgo os debe de parecer horrible. Puedo imaginarme vuestra luna de miel en Roma. ¿Cómo va el asunto del divorcio? ¿Ya está todo arreglado? Vronski se dio cuenta de que el entusiasmo de Betsy disminuía al enterarse de que aún no habían obtenido el divorcio. — Sé que me arrojarán piedras —dijo—, pero iré a ver a Anna. Sí, iré sin falta. ¿Vais a quedaros aquí mucho tiempo? En efecto, ese mismo día visitó a Anna. Pero su tono era completamente distinto del de antes. No cabía duda de que se enorgullecía de su atrevimiento y deseaba que Anna apreciara esa prueba de amistad. Después

de pasar unos diez minutos comentando los últimos chismorreos de la alta sociedad, se levantó para marcharse: — Todavía no me ha dicho cuándo obtendrá el divorcio. Yo puedo ponerme el mundo por montera, pero mis encopetados amigos le harán el vacío mientras no se case. Ahora eso es muy sencillo. Es habitual. Entonces ¿os vais el viernes? Es una pena que no nos veamos más. Por el tono de Betsy, Vronski podría haber comprendido la acogida que le esperaba en sociedad. Pero hizo un intento más con su familia. No se hacía muchas ilusiones con su madre. Sabía que se había quedado prendada de Anna cuando la conoció, pero que ahora se mostraba implacable con ella porque había arruinado la carrera de su hijo. Pero en el caso de Varia, la mujer de su hermano, albergaba algunas esperanzas. Creía que no arrojaría la primera piedra, que iría a verla con toda naturalidad, sin la menor vacilación, y que asimismo la recibiría en su casa. Al día siguiente de su llegada, Vronski la visitó y, al encontrarla sola, le expuso sin ambages su deseo. — Como bien sabes, Alekséi — dijo Varia, después de escucharle —, te tengo mucho cariño y estoy dispuesta a hacer cuanto esté en mi mano. Si he guardado silencio hasta ahora es porque sabía que no podía serte de ninguna utilidad, como tampoco a Anna Arkádevna — pronunció el nombre con especial cuidado —. Por favor, no vayas a pensar que la censuro. En absoluto. Puede que yo hubiera hecho lo mismo en su lugar. No puedo ni quiero entrar en detalles — prosiguió, mirando con timidez el rostro sombrío de su cuñado —. Pero hay que llamar a las cosas por su nombre. Quieres que vaya a verla y que la reciba, para rehabilitarla a ojos de la sociedad. Pero debes entender que no puedo hacerlo. Mis hijas se están haciendo mayores y la posición de mi marido me obliga a frecuentar la sociedad. Si fuera a ver a Anna Arkádevna, ella entendería que no puedo invitarla a mi casa, al menos que lo dispusiera todo de manera que no se encontrara con personas que tuvieran otra opinión, y eso la ofendería. No puedo levantarla... — ¡No creo que haya caído más bajo que centenares de mujeres a las que recibes! — le interrumpió Vronski, más sombrío aún, y se levantó en silencio, pues había comprendido que la decisión de su cuñada era inquebrantable. — ¡Alekséi! No te enfades conmigo. Haz el favor de comprender que yo no tengo la culpa — dijo Varia, mirándole con una tímida sonrisa. — No estoy enfadado contigo — replicó Vronski, con la misma expresión de contrariedad —, pero esto me resulta doblemente doloroso. Lamento que nuestra amistad se rompa. O, al menos, si no se rompe, que se debilite. Como comprenderás, no me queda otra salida. Tras pronunciar estas palabras, Vronski se marchó. Había comprendido que era inútil hacer más pruebas y que debían pasar esos días en San Petersburgo como si estuvieran en una ciudad extraña, evitando cualquier contacto con su antiguo círculo de amistades para no exponerse a escenas desagradables y ofensivas que tan dolorosas le resultaban. Una de las cosas que más le disgustaban era ver a Alekséi Aleksándrovich a cada paso, oír su nombre en todas partes. Era imposible iniciar una conversación sin que acabara girando en torno a este hombre. No había manera de ir a ningún sitio sin encontrárselo. Al menos así se lo parecía a Vronski, de la misma manera que quien tiene un dedo dolorido se figura que recibe en él todos los golpes, como a propósito. La estancia en San Petersburgo se le hizo aún más penosa porque observaba en Anna un estado de ánimo nuevo e incomprensible para él. Tan pronto parecía enamorada como se mostraba fría, irritada e impenetrable. Algo la atormentaba, pero no se lo confesaba, y daba la impresión de que no reparaba en las ofensas que envenenaban la vida de Vronski, que deberían haber sido aún más dolorosas para ella, dada su aguda sensibilidad. XXIX. Para Anna, uno de los objetivos del viaje a Rusia era ver a su hijo. Desde el día en que partió de Italia, la idea no había dejado de agitarla. Y, cuanto más se acercaba a San Petersburgo, mayor era su alegría y mayor importancia concedía a la entrevista. No se había preguntado cómo lo organizaría todo. Le parecía natural y sencillo ver a su hijo cuando estaba en la misma ciudad que él. Pero, una vez en San Petersburgo, cobró conciencia de cuál era su situación en la sociedad y comprendió que no iba a ser tan fácil arreglar las cosas. Llevaba ya dos días en la ciudad. El recuerdo de su hijo no le abandonaba ni un instante. Le parecía que no tenía derecho a presentarse sin más en la casa, donde podía encontrarse con Alekséi Aleksándrovich. Cabía la posibilidad de que no la dejaran entrar y la ofendieran. Y la simple idea de escribir y ponerse en contacto con su marido se le antojaba insoportable: sólo podía conservar la tranquilidad mientras no pensara en él. Averiguar dónde iba su hijo de paseo y a qué horas y arreglárselas para contemplarlo de lejos no le bastaba. ¡Se había preparado tanto para ese encuentro, tenía tantas cosas que decirle! ¡Y cuánto deseaba besarlo y abrazarlo! La vieja niñera de Seriozha podía ayudarla, indicarle los pasos a seguir. Pero ya no vivía en la casa. Así pasó dos días, sumida en esas dudas, haciendo averiguaciones para encontrar a la niñera. Al tercer día, cuando se enteró de la estrecha relación de Alekséi Aleksándrovich con la condesa Lidia Ivánovna, decidió escribirle una carta, a costa de grandes esfuerzos, en la que le decía deliberadamente que la decisión de permitirle ver a su hijo dependía de la generosidad de su marido. Sabía que, si la carta llegaba a su marido, lograría su objetivo: una vez adoptado el papel de hombre magnánimo, no lo abandonaría. El mozo que llevó la carta le trajo la respuesta más cruel e inesperada: no había contestación. Nunca se había sentido más humillada que cuando, después de llamar al mozo, escuchó un relato detallado de cómo le habían hecho esperar y luego le habían dicho que no había respuesta. Anna se sintió humillada y ofendida, pero reconoció

que, desde su punto de vista, la condesa Lidia Ivánovna tenía razón. Su pena era aún más grande porque debía soportarla sola. No podía ni quería compartirla con Vronski. Sabía que para él, a pesar de que era la principal causa de su desgracia, la entrevista con su hijo carecía de la menor importancia. Sabía que jamás sería capaz de comprender la hondura de su sufrimiento y que lo aborrecería por el tono frío que emplearía al hablar de la cuestión. Y eso era lo que más temía en el mundo. Por ello le ocultaba todo lo que tenía que ver con su hijo. Pasó todo el día en su habitación, meditando en el modo de arreglar una entrevista con su hijo, y al final acabó decantándose por escribir a su marido. Ya estaba redactando la carta cuando le trajeron la respuesta de Lidia Ivánovna. Había aceptado resignada el silencio de la condesa, pero esa nota, con todo lo que se sobrentendía entre líneas, la sublevó muchísimo. Tan cruel le pareció la malevolencia de la condesa, en comparación con su apasionado y legítimo amor de madre, que se indignó con los demás y dejó de acusarse a sí misma. «¡Qué frialdad! ¡Qué hipocresía! —se decía—. ¡Sólo quieren ofenderme y atormentar al niño! Pero ¡no lo voy a permitir! ¡Qué se han creído! Ella es peor que yo. Al menos yo no finjo.» Y decidió que al día siguiente, el cumpleaños de Seriozha, iría sin avisar a casa de su marido, sobornaría o engañaría a los criados, vería a su hijo costara lo que costase y acabaría de una vez con las horribles mentiras que le habían contado. Fue a una tienda de juguetes, compró un montón de regalos y trazó un plan de acción. Iría por la mañana temprano, a las ocho, pues a esa hora Alekséi Aleksándrovich seguramente no se habría levantado. Llevaría dinero en la mano para el portero y el criado, para que la dejaran pasar; sin levantarse el velo les diría que iba de parte del padrino de Seriozha para felicitarle por su cumpleaños y que le habían encargado que pusiese los juguetes al lado de la cama del niño. No había preparado las palabras que le dirigiría a su hijo. Por más que lo pensaba, no se le ocurría nada. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, se apeó de un coche de alquiler, se acercó a la enorme entrada de su antigua casa y llamó al timbre. —Vete a ver qué quiere. Es una señora —dijo Kapitónich, aún sin vestir, con los chanclos y el abrigo, asomándose a la ventana y distinguiendo al lado de la puerta la figura de una mujer, cubierta con un velo. En cuanto el ayudante del portero, un muchacho desconocido para Anna, abrió la puerta, ésta se coló dentro, sacó del manguito un billete de tres rublos y se lo puso apresuradamente en la mano. —Seriozha... Serguéi Alekséievich —dijo, y siguió adelante. Después de echar un vistazo al billete, el ayudante la detuvo en el umbral de la puerta acristalada. —¿A quién quiere ver? —preguntó. Anna no escuchó sus palabras y no le respondió. Al notar la turbación de la desconocida, Kapitónich en persona salió a su encuentro, la dejó pasar y le preguntó qué deseaba. —Vengo a ver a Serguéi Alekséievich de parte del príncipe Skorodúmov —dijo. —Todavía no se ha levantado —repuso el portero, mirándola con atención. Anna no había esperado que el vestíbulo de la casa en la que había vivido nueve años, cuyo aspecto no había cambiado lo más mínimo, pudiera causarle una impresión tan fuerte. Los recuerdos, unos alegres, otros tristes, se sucedían en cascada, y por un instante se olvidó de la razón por la que se encontraba allí. —¿Quiere esperar? —le preguntó Kapitónich, ayudándola a quitarse el abrigo de piel. A continuación la miró a la cara, la reconoció y, sin decir palabra, le hizo una profunda reverencia. —Haga el favor de pasar, excelencia —añadió. Anna intentó decir algo, pero le falló la voz. Después de dirigir al anciano una mirada culpable y suplicante, subió las escaleras con pasos rápidos y ligeros. Kapitónich, doblado en dos y tropezando con sus chanclos a cada paso, corrió tras ella, tratando de alcanzarla. —Puede que el preceptor no esté vestido. Iré a avisarle. Anna seguía subiendo por esa escalera tan conocida, sin entender lo que le decía el anciano. —Por ahí, a la izquierda, haga el favor. Perdona este desorden. Ahora tiene su habitación en el antiguo saloncito —decía el portero, sin aliento—. Espere un momento, excelencia, se lo ruego —añadió, al tiempo que entreabría una puerta alta y desaparecía al otro lado. Anna se detuvo y se quedó esperando—. Acaba de despertarse —dijo el portero, saliendo. En el momento en que el portero pronunciaba esas palabras, Anna oyó un bostezo, y ese sonido le bastó para reconocerlo y para representárselo como si lo tuviese allí delante. — ¡Déjeme, déjeme! ¡Váyase! —exclamó, precipitándose en la habitación. A la derecha de la puerta, sentado en la cama, un niño, vestido sólo con una camisa desabrochada, el cuerpo inclinado hacia delante, se estiraba y bostezaba. — ¡Seriozha! —susurró Anna, acercándose sin hacer ruido. Durante la separación, en esos arrebatos de amor maternal de los últimos tiempos, se lo había imaginado como un niño de cuatro años, pues nunca su cariño había sido tan intenso como cuando tenía esa edad. Ahora no se parecía siquiera al niño que había dejado. Guardaba menos semejanzas aún con un niño de cuatro años, había crecido y adelgazado. ¿Qué le había pasado? ¡Qué chupada tenía la cara! ¡Qué cortos los cabellos! ¡Qué largas las manos! ¡Cómo había cambiado desde la última vez que lo vio! Pero era él, la forma de la cabeza era la misma, y también los labios, el delicado cuello, los anchos hombros. — ¡Seriozha! —le dijo Anna, al oído. El niño, con el cabello enmarañado, volvió a incorporarse, apoyándose en los codos, movió la cabeza a uno y otro lado, como buscando algo, y abrió los ojos. Durante unos segundos miró en silencio, con aire inquisitivo, a su madre, que estaba inmóvil delante de él. Luego sonrió beatíficamente, cerró de nuevo los ojos adormilados y se inclinó, pero no hacia atrás, sino hacia los brazos de ella. — ¡Seriozha! ¡Mi niño querido! —

exclamó Anna, casi sin aliento, rodeando con sus brazos ese cuerpo gordezuelo. — ¡Mamá! —dijo el niño, moviéndose entre las manos de su madre, para que le tocara por todas las partes del cuerpo. Sonriendo medio dormido, los ojos siempre cerrados, apoyó sus rollizas manitas en la cabecera de la cama, luego apretó la espalda de su madre, envolviéndola en ese agradable olor y esa tibieza que sólo tienen los niños dormidos, y empezó a frotarse la cara contra el cuello y los hombros de ésta. —Lo sabía —dijo, abriendo los ojos—. Hoy es mi cumpleaños. Sabía que vendrías. Voy a levantarme ahora mismo. Y, mientras pronunciaba esas palabras, volvió a quedarse adormilado. Anna lo contemplaba con avidez. Veía cuánto había crecido y cambiado en su ausencia. Reconocía sólo a medias sus piernas desnudas, tan largas ahora, que asomaban por debajo de la manta; reconocía sus mejillas enflaquecidas, los ricitos sobre la nuca, que tan a menudo solía besar. Y lo acariciaba sin poder pronunciar palabra, ahogada por los sollozos. — ¿Por qué lloras, mamá? —preguntó Seriozha, despierto ya del todo—. Mamá, ¿por qué lloras? —gritó con voz quejumbrosa. —Ya no voy a llorar más... Lloro de alegría. Hacía mucho que no te veía. No voy a llorar más, no voy a llorar más —dijo, tragándose las lágrimas y dándose la vuelta—. Bueno, ahora vístete —añadió, recobrando la serenidad, tras una breve pausa, y, sin soltarle las manos, se sentó al lado de la cama, en una silla en la que el niño tenía preparada ya la ropa—, ¿Cómo te las has arreglado para vestirme cuando no estaba yo? ¿Cómo...? —Intentó hablar con sencillez y alegría, pero no fue capaz y de nuevo se dio la vuelta. —No me lavo con agua fría. Papá me ha dicho que no lo haga. ¿No has visto a Vasili Lukich? Vendrá en seguida. ¡Te has sentado en mi traje! Y Seriozha se rio a carcajadas. Anna lo miró y sonrió. — ¡Mamá! ¡Mamaíta querida! —gritó, abalanzándose otra vez sobre ella y abrazándola. Era como si sólo al verla sonreír hubiera comprendido plenamente lo que estaba pasando—. ¿Para qué llevas esto? —preguntó, quitándole el sombrero. Y, al verla con la cabeza descubierta, se arrojó otra vez en sus brazos para besarla. — ¿Qué te creías? ¿Que había muerto? —Nunca lo he creído. — ¿No lo has creído, cariño? — ¡Sabía que no era verdad! ¡Lo sabía! —exclamó el niño, repitiendo su frase favorita, y, cogiendo la mano que acariciaba sus cabellos, apretó la palma contra su boca y la cubrió de besos. XXX. Entre tanto, Vasili Lukich, que en un principio no había entendido quién era esa señora, acabó cayendo en la cuenta, gracias a la conversación, de que se trataba de la madre de Seriozha, esa mujer que había abandonado a su marido y a la que no conocía, pues, cuando él empezó a trabajar en la casa, ella ya se había marchado. No sabía si entrar o ir a avisar a Alekséi Aleksándrovich. Considerando, por último, que su obligación era despertar a Seriozha a una hora determinada, independientemente de que en la habitación se encontrara su madre o cualquier otra persona, pues el deber estaba por encima de esas cosas, se vistió, se acercó a la puerta y la abrió. Pero las caricias de la madre y el hijo, el tono de sus voces y lo que se decían le hicieron cambiar de opinión. Moviéndose la cabeza, suspiró y cerró la puerta. «Esperaré diez minutos más», se dijo, aclarándose la garganta y enjugándose las lágrimas. En esos momentos reinaba una gran confusión entre los criados de la casa. Todos sabían que había venido la señora, que Kapitónich la había dejado pasar y que ahora estaba en el cuarto del niño; sabían también que el señor entraba a verlo todas las mañanas antes de las nueve, que un encuentro entre marido y mujer tendría consecuencias desastrosas y que había que impedirlo a toda costa. Kornéi, el ayuda de cámara, bajó a la portería para preguntar quién había dejado pasar a Anna y, al enterarse de que Kapitónich en persona la había recibido y le había mostrado el camino, lo reprendió. El portero callaba con obstinación, pero cuando Kornéi le dijo que merecía que lo echaran, el anciano se acercó de un salto y, agitando las manos delante mismo de su cara, le dijo: — ¿Acaso no habrías hecho tú lo mismo? Después de servir diez años en la casa, sin oír una mala palabra, ¿cómo iba a decirle que hiciera el favor de marcharse? ¡Vaya un tacto que tienes tú! Más valdría que pensaras en lo que le robas al señor, en los abrigos de castor que le quitas. — ¡Vejestorio! —exclamó Kornéi con desprecio, y se volvió hacia la niñera, que entraba en ese momento—. Figúrese, María Yefimovna, la deja entrar sin decírselo a nadie. Y Alekséi Aleksándrovich está a punto de salir de su habitación para ir a ver al niño. — ¡Ay, Dios mío! —dijo la niñera—. Trate usted de entretener un rato al señor, Kornéi Vasilevich, y entre tanto yo buscaré el modo de sacar de allí a la señora. ¡Ay, Dios mío! Cuando la niñera entró en el cuarto de Seriozha, éste le estaba contando a su madre que Nádénka y él se habían caído del trineo cuando bajaban por una pendiente y habían dado tres volteretas. Anna escuchaba el sonido de su voz, contemplaba las cambiantes expresiones del rostro y sentía el tacto de su mano, pero no entendía sus palabras. Tenía que marcharse, tenía que dejarlo: ése era el único pensamiento que ocupaba su cabeza. Había oído los pasos de Vasili Lukich, que se había acercado a la puerta y había carraspeado, y también los de la niñera. Pero seguía inmóvil como una estatua, incapaz de hablar o de levantarse. — ¡Señora, alma mía! —exclamó la niñera, aproximándose a Anna y besándole las manos y los hombros—. ¡Qué alegría le ha concedido Dios al señorito el día de su cumpleaños! No ha cambiado usted nada. — ¡Ah, amiga querida! No sabía que seguía usted en la casa —dijo Anna, recobrando la serenidad por un instante. —Ya no vivo aquí. Vivo con mi hija. He venido a felicitar a Seriozha, mi querida Anna Arkádevna. De pronto la niñera se echó a llorar y otra vez se puso a besarle las manos a su antigua señora. Seriozha,

con ojos resplandecientes y una sonrisa de felicidad, cogió con una mano a su madre y con otra a la niñera, y se puso a pisotear la alfombra con sus gordezuelos pies descalzos. Las muestras de ternura de la querida niñera con su madre le llenaban de entusiasmo. — ¡Mamá! María Yefimovna viene a verme a menudo y siempre... — empezó a decir el niño, pero de pronto se interrumpió: la niñera le estaba hablando en voz baja a su madre, que parecía atemorizada y como avergonzada, algo que no la favorecía en absoluto. Anna se acercó a su hijo. — ¡Cariño mío! — dijo. No era capaz de decir adiós, pero por la expresión de su rostro el niño comprendió—. ¡Mi querido Kútik! — añadió, dándole el nombre con que lo llamaba de pequeño—. No me olvidarás, ¿verdad? Tú... No pudo seguir. ¡Cuántas veces, después, se imaginó las palabras que podría haberle dicho! Pero en aquel momento no fue capaz de decirle nada. En cualquier caso, Seriozha lo entendió todo sin necesidad de palabras. Entendió que era desdichada y que le quería. Hasta oyó lo que le dijo la niñera en un murmullo: «Siempre viene antes de las nueve». Era evidente que se refería a su padre, y que su madre no podía encontrarse con él. Sólo había una cosa que no entendía: ¿por qué en el rostro de su madre había aparecido una expresión de temor y vergüenza?... No era culpable de nada, pero le tenía miedo y se avergonzaba de algo. Le habría gustado que su madre le aclarara esa duda, pero no se atrevió a preguntar. Veía que sufría, y le dio lástima. Se apretó en silencio contra ella y le dijo en un susurro: —No te vayas todavía. Aún tardará un rato. Anna apartó al niño y se quedó mirándolo, tratando de averiguar si era consciente de lo que le estaba diciendo, y, por la expresión asustada de su rostro, dedujo que no sólo hablaba de su padre, sino que incluso parecía preguntarle qué opinión debía tener de él. —Seriozha, cariño — dijo Anna —, quíerelo. Es mejor que yo. Además, soy culpable ante él. Cuando seas mayor, podrás juzgar. — ¡Nadie es mejor que tú!... — gritó con desesperación Seriozha a través de las lágrimas y, cogiéndola por los hombros, la estrechó con tanta fuerza que los brazos le temblaron por el esfuerzo. — ¡Mi hijito querido! — murmuró Anna, llorando en voz baja como un niño, lo mismo que Seriozha. En ese momento se abrió la puerta y entró Vasili Lukich. Se oyeron unos pasos detrás de la otra puerta, y la niñera susurró con espanto, al tiempo que le alargaba el sombrero a Anna: —Ya viene. Seriozha se desplomó en la cama y estalló en sollozos, cubriéndose el rostro con las manos. Anna se las apartó, volvió a besar su cara mojada y salió con rápidos pasos. Alekséi Aleksándrovich iba a su encuentro. Al verla, se detuvo e inclinó la cabeza. A pesar de que Anna acababa de decir que su marido era mejor que ella, le bastó una fugaz mirada, con la que abarcó toda su figura y captó todos los detalles, para que se reavivaran el desprecio y la inquina que sentía por él, sentimientos a los que vino a sumarse ahora la envidia, porque se había quedado con el niño. Se bajó el velo con un movimiento fulgurante y, apretando el paso, salió casi corriendo de la habitación. No había tenido tiempo de sacar del coche los juguetes, elegidos con tanto cariño y tristeza la víspera en la tienda, así que no le quedó más remedio que llevárselos al hotel. XXXI. Por más que había deseado ver a su hijo, por más que se había preparado para ese momento, jamás se imaginó que esa entrevista fuera a causarle una impresión tan intensa. De vuelta en su habitación solitaria, pasó un buen rato antes de que fuera capaz de comprender qué estaba haciendo allí. «Sí, todo ha terminado, de nuevo estoy sola», se dijo y, sin quitarse el sombrero, se sentó en un sillón que había al pie de la chimenea. Con la mirada fija en el reloj de bronce que había encima de la mesa, entre las dos ventanas, se sumió en sus pensamientos. La doncella francesa que se había traído del extranjero entró para preguntarle si quería vestirse. Anna la miró con sorpresa y dijo: —Más tarde. A continuación se presentó la nodriza italiana, que acababa de cambiar a la niña, y se la dio. La pequeña, rolliza y bien alimentada, al ver a su madre, le tendió los bracitos desnudos, como siempre, y, sonriendo con su boquita desdentada, se puso a mover las manitas, como un pez las aletas, con las palmas vueltas hacia abajo, haciendo ruido cuando rozaba los pliegues almidonados de su faldón bordado. Era imposible no sonreírle, no besarla, no alargarle un dedo, al que se agarraba gritando y estremeciéndose con todo el cuerpo; no ofrecerle los labios, que apretaba con su boca, como si los estuviera besando. Anna hizo todo eso: la cogió en brazos, la hizo saltar, le besó la fresca mejilla y los codos desnudos. Pero, viéndola, se dio cuenta de que el sentimiento que experimentaba por ella era muy distinto de su amor por Seriozha. Era una niña encantadora, pero, por alguna razón, no conmovía su corazón. En ese primer hijo, a pesar de que lo había tenido con un hombre al que no quería, había puesto todas las fuerzas de su amor insatisfecho; la niña, nacida en las condiciones más difíciles, no había recibido ni una centésima parte de los cuidados que había prodigado al primer hijo. Además, la niña no representaba todavía más que una esperanza, mientras que Seriozha era ya casi una persona, y una persona querida. La comprendía, la amaba, la juzgaba, pensaba en ella, recordaba sus palabras y sus miradas. Y ahora estaba separada de él, tanto física como espiritualmente, y no había manera de poner remedio a la situación. Después de devolver la niña a la nodriza y de despedir a ambas, abrió el medallón en el que guardaba un retrato de Seriozha, cuando tenía más o menos la misma edad que la niña. Se levantó, se quitó el sombrero y tomó de la mesa un álbum con fotografías de su hijo a distintas edades. Quería comparar las fotografías y empezó a sacarlas del álbum. Sólo dejó una, la última y también la mejor. Seriozha, con una camisa blanca, sentado a horcajadas sobre una silla, fruncía

el ceño y sonreía. Esta expresión peculiar era la que más le gustaba. Con sus ágiles y pequeñas manos, cuyos dedos blancos y finos parecían especialmente tensos ese día, tiró varias veces de la punta de la fotografía, pero ésta se había enganchado y no conseguía sacarla. Como no tenía a mano una plegadera, cogió la fotografía que había al lado (un retrato de Vronski, hecho en Roma, con sombrero hongo y cabellos largos), y, valiéndose de ella, extrajo la fotografía de su hijo. «¡Sí, aquí está!», se dijo, contemplando el rostro de Vronski, y de pronto recordó que él era el culpable de sus sufrimientos actuales. No se había acordado de él en toda la mañana. Pero ahora, al ver sus rasgos nobles y varoniles, tan familiares y queridos, sintió que una inesperada oleada de amor inundaba su corazón. «¿Dónde estará? ¿Cómo es posible que me deje sola con mi dolor?», se preguntó con amargura, olvidando que ella misma le había ocultado todo lo relativo a su hijo. Envió recado de que fuera a verla en seguida, y se quedó esperándolo con el corazón encogido, pensando en las palabras con que se lo contaría todo y en las expresiones de amor con que él la confortaría. El criado volvió con la respuesta: el señor tenía un invitado, pero no tardaría en subir; le preguntaba si podía recibirlo con el príncipe Yashvín, que acababa de llegar a San Petersburgo. «No vendrá solo, y eso que no lo veo desde la comida de ayer —pensaba—. No podré decirle nada, porque vendrá con Yashvín.» Y de pronto se le pasó por la cabeza una idea extraña: ¿y si había dejado de quererla? Al repasar los acontecimientos de los últimos días, le pareció ver en todo una confirmación de esa terrible sospecha: la víspera no había comido con ella, había insistido en que se alojaran por separado en San Petersburgo y ahora iba a verla en compañía de otra persona, como si temiera una entrevista cara a cara. «Pero debe decírmelo. Necesito saberlo. Y, cuando me entere, ya veré lo que hago», se dijo, incapaz de imaginarse lo que sería de ella si la indiferencia de Vronski se confirmaba. Al pensar que había dejado de quererla, se sintió casi desesperada y fue presa de una agitación extrema. Llamó a la doncella y pasó a su tocador. Prestó mucha mayor atención a su atavío que en esos últimos días, como si Vronski, que había dejado de quererla, pudiera volver a enamorarse de ella porque luciera el traje y el peinado que más le favorecían. Cuando sonó el timbre todavía no estaba lista. Al hacer su aparición en el salón no la recibió la mirada de Vronski, sino la de Yashvín. Vronski contemplaba las fotografías de Seriozha que Anna había dejado olvidadas sobre la mesa, y no mostraba ninguna prisa por volverse hacia ella. —Ya nos conocemos —dijo Anna, poniendo su pequeña mano en la enorme mano de Yashvín, cuya timidez creaba un contraste tan extraño con su talla gigantesca y sus toscos rasgos—. Coincidimos el año pasado en las carreras. Démela —añadió, arrebatándole a Vronski, con un movimiento fulgurante, la fotografía de su hijo y dirigiéndole una mirada significativa con sus ojos brillantes—. ¿Qué tal han ido las carreras este año? Yo he tenido que contentarme con las del Corso, en Roma. Pero ya sé que a usted no le gusta la vida en el extranjero —dijo, con una acariciadora sonrisa—. Le conozco bien y, aunque no hayamos coincidido mucho, estoy al tanto de sus gustos. —Pues lo lamento mucho porque mis gustos son cada vez peores —replicó Yashvín, mordiéndose la guía izquierda del bigote. Después de charlar un rato, y advirtiendo que Vronski consultaba el reloj, Yashvín preguntó a Anna si pensaba quedarse mucho tiempo en San Petersburgo e, irguiendo su enorme figura, cogió la gorra. —Creo que no —respondió Anna, mirando a Vronski con aire confuso. —Entonces, ¿no nos veremos más? —preguntó Yashvín, levantándose y dirigiéndose a Vronski—. ¿Dónde vas a comer? —Vengan a comer conmigo —dijo Anna con resolución, como si se enfadara consigo misma por su turbación, pero acto seguido se ruborizó, como le sucedía siempre que revelaba a un desconocido su situación—. La comida no es muy buena, pero al menos podrá usted charlar con Alekséi. Ya sabe que a ningún otro compañero del regimiento le tiene tanto aprecio como a usted. —Encantado —dijo Yashvín con una sonrisa, por la que Vronski dedujo que Anna le había gustado. Yashvín se despidió y salió. Vronski se dispuso a seguirle. —¿Tú también te vas? —le preguntó Anna. —Se me ha hecho tarde —respondió Vronski—. ¡Vete! Ahora te alcanzo —le gritó a Yashvín. Anna le cogió la mano y, sin dejar de mirarle, pensó en lo que podría decirle para retenerlo. —Espera, tengo que decirte algo. —Y apretó la corta mano de él contra su cuello—. ¿Te parece mal que lo haya invitado? —No, ha sido una idea estupenda —contestó Vronski, con una sonrisa serena que dejó al descubierto sus impecables dientes, y a continuación besó la mano de Anna. —Alekséi, ¿ya no sientes lo mismo por mí? —le preguntó Anna, estrechando la mano de Vronski entre las suyas—. La vida aquí se me ha vuelto insostenible. ¿Cuándo nos vamos? —Pronto, muy pronto. No puedes imaginarte lo incómodo que me encuentro en esta ciudad —dijo Vronski, retirando la mano. — ¡Bueno, vete, vete! —replicó Anna con tono ofendido, alejándose rápidamente. XXXII. Cuando Vronski regresó al hotel, no encontró a Anna en sus habitaciones. Según le dijeron, poco después de que él se fuera, había llegado una señora, en cuya compañía había salido. El hecho de que se hubiera marchado sin decirle a donde iba y aún no hubiera regresado, su desaparición esa mañana, sin avisarle, la extraña agitación que se reflejaba en su rostro por la mañana y el tono de hostilidad con que le había arrancado la fotografía de su hijo en presencia de Yashvín le obligaron a reflexionar. Llegó a la conclusión de que era necesario tener una explicación con ella y la esperó en el salón. Pero Anna no volvió sola; traía a una de sus tías, una vieja solterona, la princesa Oblónskaia. Era la señora que había ido a

buscarla por la mañana y con la que había ido de compras. Sin reparar en la expresión preocupada e inquisitiva de Vronski, Anna se puso a hablarle en un tono muy animado de las cosas que había comprado. Vronski se dio cuenta de que le pasaba algo. Cuando los brillantes ojos de Anna se detenían en él por un instante, percibía una atención reconcentrada, y en sus palabras y ademanes advertía esa nerviosa premura y esa gracia que tanto le habían subyugado al comienzo de su relación, y que ahora le inquietaban y asustaban. Pusieron la mesa para cuatro. Se habían reunido ya todos y estaban a punto de pasar al pequeño comedor cuando se presentó Tushkévich con un mensaje de Betsy para Anna. La princesa se disculpaba por no poder ir a despedirla. Según decía, estaba indispuesta. Pero rogaba a Anna que fuera a visitarla entre las seis y media y las nueve. Vronski trató de comunicarle con la mirada que el hecho de que la invitara a una hora determinada significaba que había tomado medidas para que no se encontrara con nadie; pero Anna pareció no reparar en ello. —Lo siento, pero me es imposible ir a esa hora —dijo Anna con una sonrisa apenas perceptible. —La princesa lo lamentará mucho. —Yo también. —Supongo que irá usted a oír a la Patti —dijo Tushkévich. —¿A la Patti? Me ha dado usted una idea. Si pudiera conseguir un palco, iría. —Yo puedo conseguirlo —afirmó Tushkévich. —Se lo agradecería muchísimo —replicó Anna—. ¿No quiere usted quedarse a comer? Vronski se encogió ligeramente de hombros. No entendía nada de lo que hacía Anna. ¿Por qué había traído a la anciana princesa? ¿Por qué invitaba a Tushkévich a comer? Y, lo más sorprendente de todo, ¿por qué le había pedido que le consiguiera un palco? ¿Acaso era posible en su situación presentarse en la ópera para oír a la Patti en día de abono? Se encontraría allí a todos sus conocidos. A la mirada severa que le dirigió, Anna respondió con otra provocativa, entre divertida y desesperada, cuyo significado no fue capaz de entender. Durante la comida ella se mostró exageradamente alegre. Era como si estuviera coqueteando con Tushkévich y Yashvín. Cuando se levantaron de la mesa y Tushkévich fue a buscarle la entrada para el palco, Yashvín y Vronski bajaron a las habitaciones de éste a fumar. Al cabo de un rato, Vronski volvió a subir. Anna ya se había preparado para salir. Llevaba un traje de seda de color claro, con adornos de terciopelo y escote muy pronunciado, que había encargado en París. Una mantilla blanca de rico encaje enmarcaba su rostro, realzando su deslumbrante belleza. —¿De verdad se propone usted ir al teatro? —preguntó Vronski, tratando de no mirarla. —¿Y por qué me lo pregunta con esa expresión atemorizada? —respondió Anna, ofendida de nuevo de que no la mirara—. No veo por qué no había de ir. Era como si no hubiera entendido lo que él quería decirle. —Claro, no hay ninguna razón para que no vaya —replicó Vronski, frunciendo el ceño. —Eso es lo que digo yo —dijo Anna, fingiendo no reparar en el tono irónico de Vronski, mientras enrollaba con toda tranquilidad uno de sus largos guantes perfumados. —¡Anna, por el amor de Dios! ¿Qué le pasa? —dijo Vronski, tratando de hacerla entrar en razón, recurriendo a las mismas palabras que solía emplear su marido en tales situaciones. —No entiendo lo que pretende usted de mí. —Sabe usted perfectamente que no puede ir. —¿Por qué? No voy sola. La princesa Varvara me acompañará. Ha ido a vestirse. Vronski se encogió de hombros, con una expresión en la que se entremezclaban la incredulidad y la desesperación. —Pero es que no se da cuenta... —empezó a decir. —¡No quiero saber nada! —le interrumpió Anna, casi gritando—. No quiero. ¿Acaso me arrepiento de lo que he hecho? No, no, y no. Si me encontrara en la misma situación, volvería a hacer lo mismo. Para nosotros, para usted y para mí, sólo cuenta una cosa: que nos amemos. Lo demás no tiene importancia. ¿Por qué vivimos aquí separados, sin vernos? ¿Por qué no puedo ir adonde me plazca? Te quiero, y lo demás me da lo mismo, siempre que no hayas cambiado —añadió en ruso, con un brillo peculiar en los ojos que Vronski no acertaba a comprender—. ¿Por qué no me miras? Vronski levantó los ojos. Vio toda la belleza de su rostro y de su atavío, que tanto la favorecía. Pero en ese momento esa hermosura y esa elegancia era precisamente lo que le irritaba. —Ya sabe usted que mis sentimientos no pueden cambiar, pero le ruego, le imploro que no vaya —replicó él en francés, con voz tierna y suplicante, pero con frialdad en la mirada. Anna no reparó en sus palabras, sólo en sus ojos, y le respondió con enfado: —Y yo le suplico que me diga por qué no debo ir. —Porque puede causarle... —empezó, pero no terminó la frase. —No entiendo nada. Yashvín n'est pas comprometedor, y la princesa Várvara no es peor que otras. Aquí está. XXXIII. Esta obstinada negativa en comprender la situación en la que se encontraba hizo que Vronski sintiera por Anna, por primera vez desde que se conocían, un enojo rayano casi en la ira. Lo que más le contrariaba era que no podía expresar la causa de su enfado. Si hubiera dicho claramente lo que pensaba, se habría expresado así: «Presentarse en el teatro con ese vestido, en compañía de una princesa cuya vida todo el mundo conoce, no sólo significa reconocer tu posición de mujer perdida, sino lanzar un desafío a la sociedad, es decir, renunciar a ella para siempre». No podía decirle eso. «Pero ¿cómo es posible que no lo entienda? ¿Qué es lo que le pasa?», se decía. Se daba cuenta de que, al tiempo que disminuía su respeto por ella, aumentaba la conciencia de su belleza. Volvió a su habitación con el ceño fruncido, se sentó al lado de Yashvín, que había extendido las largas piernas en una silla y bebía coñac con agua de seltz, y pidió que le trajeran lo mismo. —Me estabas hablando de Poderoso, el caballo de Landovski. Es un animal excelente. Te aconsejo que lo compres —dijo, echando un vistazo

al rostro sombrío de su amigo—. Tiene la grupa un poco baja, pero las patas y la cabeza no pueden ser mejores. —Creo que lo compraré —repuso Vronski. La conversación sobre caballos le interesó, pero no dejó de pensar en Anna ni un instante: sin querer, prestaba atención al rumor de pasos en el pasillo y miraba el reloj que había encima de la chimenea. —Anna Arkádevna me manda decirle que se ha ido al teatro, señor. Yashvín vertió una copa más de coñac en el agua burbujeante, y, después de apurarla, se puso en pie y se abrochó el uniforme. —Bueno, ¿nos vamos? —preguntó con una discreta sonrisa, que apenas se perfiló por debajo del bigote, con la que quería darle a entender que comprendía la causa de su enfado, pero que no le concedía la menor importancia. —Yo no voy —respondió Vronski con aire sombrío. —Pues yo tengo que ir, porque lo he prometido. Adiós, entonces. También puedes ir al patio de butacas. Ocupa el lugar de Krasinski —añadió Yashvín desde la puerta. —No, tengo cosas que hacer. «Si ya tiene uno quebraderos de cabeza con una esposa, con una amante ni te cuento», iba pensando Yashvín, cuando salió del hotel. Una vez solo, Vronski se levantó y se puso a recorrer la habitación de un extremo al otro. «¿Qué toca hoy? La cuarta función de abono... Yegor acudirá con su mujer y probablemente también mi madre. En resumidas cuentas, estará todo San Petersburgo. Ya habrá entrado, se habrá quitado el abrigo, habrá hecho su aparición en la sala. Tushkévich, Yashvín, Varvara... —se imaginó—. ¿Y yo? Dirán que tengo miedo o que he encargado a Tushkévich que la proteja. Se mire por donde se mire, es una estupidez... ¿Por qué me pone en esa situación?», se preguntó, haciendo un gesto tan brusco con la mano que golpeó la mesita con el agua de seltz y la garrafitita de coñac y estuvo a punto de derribarla. Trató de sujetarla, antes de que se viniera abajo, pero no lo consiguió. Enfadado, le pegó un puntapié y llamó al criado. —Si quieres seguir a mi servicio —le dijo—, cumple con tu obligación. Que no vuelva a repetirse. Tendrías que haber retirado todo esto. El ayuda de cámara, que no se consideraba culpable, quiso justificarse, pero, al ver la cara de su señor, comprendió que era mejor callar, y, después de unas disculpas apresuradas, se arrodilló sobre la alfombra y se puso a separar las copas y las botellas intactas de las rotas. —No te corresponde a ti hacer eso. Dile al criado que venga a recogerlo y prepárame el frac. Vronski entró en el teatro a las ocho y media. El espectáculo estaba en su apogeo. El viejo acomodador le ayudó a quitarse la pelliza y, al reconocerlo, lo llamó «su excelencia» y le dijo que no era necesario que cogiera número, bastaba con que a la salida llamara a Fiódor. Además del acomodador y de dos criados con sendas pellizas al brazo, que escuchaban al lado de la puerta, en el pasillo inundado de luz no había nadie. Al otro lado de la puerta entornada se oían los acordes de la orquesta, que acompañaba con un discreto staccato una voz femenina que pronunciaba una frase musical con exquisita precisión. En ese momento la puerta se abrió del todo, dando paso a un acomodador, y la frase musical, ya en su final, hirió el oído de Vronski. No obstante, la puerta se cerró en seguida, y Vronski no pudo oír el final de la frase ni de la cadencia, pero por los atronadores aplausos que le llegaban del otro lado comprendió que había terminado. Cuando entró en la sala, brillantemente iluminada por arañas y lámparas de gas de bronce, el estruendo aún continuaba. En el escenario la cantante, deslumbrante con su ristra de diamantes y sus hombros desnudos, saludaba, sonreía y, con la ayuda del tenor, que la sujetaba de la mano, cogía las flores que le arrojaban con bastante torpeza por encima de las candilejas; luego se acercó a un señor peinado con raya al medio, los cabellos brillantes de pomada, que extendió los largos brazos y le ofreció algo. El público, tanto en el patio de butacas como en los palcos, se agitaba, se inclinaba hacia delante, gritaba y aplaudía. El director de orquesta, desde su podio, hacía cuanto podía para que el regalo llegara a su destinataria, al tiempo que se arreglaba la corbata blanca. Vronski llegó al centro del patio de butacas, se detuvo y echó un vistazo a su alrededor. Prestaba menos atención que de costumbre al ambiente, tan conocido y habitual, al escenario, al bullicio, a la muchedumbre abigarrada, anodina y familiar que abarrotaba el teatro. En los palcos estaban las mismas señoras de siempre, con los mismos oficiales detrás; las mismas mujeres con vestidos multicolores (sólo Dios sabía quiénes eran), los mismos uniformes, las mismas levitas, la misma muchedumbre sucia en el gallinero; entre toda esa gente que copaba los palcos y las primeras filas sólo había cuarenta hombres y mujeres de verdad. Vronski fijó inmediatamente su atención en esos oasis y se puso a saludar a unos y a otros. Como el acto había concluido, antes de entrar en el palco de su hermano, se dirigió a la primera fila de butacas. Serpujovski, que estaba apoyado en las candilejas, la rodilla doblada, dando golpecitos en la pared con el tacón, lo había visto de lejos y lo había llamado con una sonrisa. Vronski aún no había visto a Anna, entre otras cosas porque no hacía nada por encontrarla. Pero, por la dirección de las miradas, sabía dónde estaba. Se volvía con aire distraído a uno y otro lado, pero sin preocuparse de ella. Buscaba con los ojos a Alekséi Aleksándrovich. Pero, para su fortuna, Karenin no había acudido ese día a la representación. —¡Qué poco te ha quedado de tu pasado militar! —le dijo Serpujovski—. Pareces un diplomático, un artista o algo por el estilo. —Sí, nada más volver a Rusia, me he puesto el frac —respondió Vronski, sonriendo y sacando lentamente los gemelos. —Reconozco que en ese sentido te envidio. Cuando vuelvo del extranjero y me pongo esto —dijo Serpujovski, tocándose las charreteras—, me da pena de mi libertad perdida. Hacía ya tiempo que Serpujovski había

dejado de preocuparse de la carrera militar de Vronski, pero seguía apreciándole lo mismo que antes, y en esa ocasión se mostró especialmente amable con él. —Qué lástima que te hayas perdido el primer acto. Vronski, sin prestar demasiada atención a lo que decía, recorría con los gemelos el patio de butacas y los palcos. De pronto vio la cabeza de Anna, orgullosa, sorprendentemente bella y risueña, rodeada de encajes. A su lado había una señora con un turbante y un anciano calvo que pestañeaba enfadado. Anna estaba en la quinta platea, a unos veinte pasos de él. Sentada en la parte delantera y vuelta ligeramente, le decía algo a Yashvín. La postura de la cabeza, los hombros anchos y hermosos, la vivacidad contenida de sus brillantes ojos y todo su rostro le recordaron cómo era cuando la vio en el baile de Moscú. Pero los sentimientos que le inspiraba ahora su belleza eran completamente distintos. Se había desvanecido ese aire de misterio que la rodeaba, y su belleza, aunque le atraía aún más que antes, también le ofendía. Aunque Anna no miraba hacia donde él estaba, él sabía que ya lo había visto. Cuando volvió a dirigir los gemelos hacia allí, advirtió que la princesa Varvara, muy colorada, se reía de un modo muy poco natural, sin dejar de mirar el palco de al lado. Anna, golpeando con el abanico cerrado el terciopelo rojo de la barandilla, miraba a lo lejos, tratando de no ver lo que ocurría en el otro palco. Yashvín tenía esa expresión que solía adoptar cuando perdía en el juego. Con el ceño fruncido, se metía cada vez más la guía izquierda del bigote en la boca, al tiempo que miraba de reojo el palco vecino, ocupado por los Kartásov. Los conocía y sabía que Anna los conocía también. Kartásova, una mujer pequeña y delgada, estaba de pie, de espaldas a Anna, y se ponía la capa que le tendía su marido. Pálida, con cara de enfado, decía algo muy agitada. Kartásov, un hombre grueso y calvo, hacía cuanto podía por calmar a su mujer, y se volvía cada dos por tres hacia Anna. La esposa de Kartásov abandonó el palco, pero él se demoró un buen rato, buscando la mirada de Anna, pues por lo visto deseaba saludarla. Pero ella hacía como si no se diera cuenta y, vuelta en la silla, hablaba con Yashvín, que inclinaba su cabeza rapada. Kartásov salió sin saludar y el palco quedó vacío. Aunque Vronski no había presenciado lo que había sucedido entre Anna y los Kartásov, se dio cuenta de que había sido algo humillante para ella. Así lo indicaba no sólo lo que había visto, sino sobre todo la expresión de Anna, que había hecho acopio de sus últimas fuerzas, como bien sabía él, para desempeñar su papel hasta el final. Había conseguido aparentar serenidad. Quienes no la conocieran ni tuvieran relación con su círculo de amistades, quienes no hubieran oído las expresiones de las mujeres, apenadas, sorprendidas e indignadas de que Anna hubiera tenido la osadía de presentarse en sociedad con esa llamativa mantilla de encaje y en todo el esplendor de su belleza, habrían admirado la calma y la hermosura de esa mujer, sin sospechar que la embargaba la misma vergüenza que a un malhechor expuesto en la picota. Consciente de que se había producido un incidente, pero sin saber exactamente lo que había pasado, Vronski era presa de una cruel agitación. Impaciente por enterarse de los detalles, se dirigió al palco de su hermano, eligiendo a propósito la salida más alejada del palco de Anna. En su camino, se topó con el coronel de su antiguo regimiento, que estaba hablando con dos conocidos. Vronski oyó pronunciar el nombre de Karénina y advirtió el apresuramiento con que el coronel lo llamaba en voz alta, al tiempo que cambiaba con sus interlocutores una mirada significativa. — ¡Ah, Vronski! ¿Cuándo vas a pasarte por el regimiento? No podemos dejarte marchar sin celebrar un banquete. Eres uno de los nuestros —dijo—. —Lo siento mucho, pero esta vez no tengo tiempo. Habrá que dejarlo para otra ocasión —replicó Vronski, subiendo a toda prisa las escaleras que conducían al palco de su hermano, donde se encontraba la vieja condesa, su madre, con sus ricitos color acero. En el pasillo se topó con Varia y con la princesa Sorókina. Después de dejar a la princesa Sorókina con su suegra, Varia le tendió la mano a su cuñado y, sin perder un instante, se puso a contarle lo que a éste le interesaba. Rara vez la había visto Vronski tan agitada. —Me parece que ha sido vil y repugnante. La señora Kartásova no tenía ningún derecho a portarse así. La señora Karénina... —empezó diciendo. —Pero ¿qué ha pasado? No sé nada. — ¿Cómo? ¿No lo has oído? —Como ves, siempre soy el último en enterarme. — ¿Puede haber alguien más malvado que esa señora Kartásova? —Pero ¿qué es lo que ha hecho? —Me lo ha contado mi marido... Ha ofendido a la señora Karénina. Kartásov se puso a hablar con ella desde su palco, y su mujer le montó una escena. Dicen que pronunció en voz alta un comentario ofensivo y a continuación salió. —Conde, su madre le llama —dijo la princesa Sorókina, asomándose a la puerta del palco. —Te estaba esperando —le dijo su madre, con una sonrisa burlona—. ¡No se te ve el pelo! Vronski vio que su madre no podía reprimir una sonrisa de alegría. —Buenas noches, mamá. He venido a verla —dijo con frialdad. — ¿Por qué no vas a faire la cour a madame Karénine? —añadió, cuando la princesa Sorókina se alejó—. Está causando sensación. Al verla, la gente se ha olvidado de la Patti. —Mamá, le he pedido que no me hable de eso —repuso Vronski, frunciendo el ceño. —No hago más que repetir lo que dice todo el mundo. Vronski no contestó. Se limitó a cambiar unas palabras con la princesa Sorókina y a continuación salió. En la puerta se encontró con su hermano. — ¡Ah, Alekséi! —exclamó éste—. ¡Qué vileza! Es una estúpida, nada más... Me disponía a ir a ver a la señora Karénina. Vamos juntos. Vronski no le escuchaba. Bajó la escalera con pasos rápidos. Era consciente de que tenía que hacer algo, pero no sabía qué. Aunque estaba furioso con Anna por haberlos puesto

a los dos en una posición falsa, le daba pena que sufriera. Una vez en el patio de butacas, se dirigió al palco de Anna Strémov, de pie al lado del palco, estaba hablando con ella. —Ya no quedan buenos tenores. El molde se ha roto. Vronski saludó a Anna y se detuvo para saludar a Strémov. —Por lo visto ha llegado usted tarde y se ha perdido la mejor aria —le dijo Anna, mirándole con ironía, o al menos así se lo pareció a él. —No entiendo mucho de estas cosas —repuso él, mirándola con dureza. —Tampoco el príncipe Yashvín —dijo Anna, sonriendo—. Dice que la Patti canta demasiado alto. Gracias —añadió, cogiendo con su pequeña mano, enfundada en un guante largo, el programa que Vronski había recogido del suelo, y de pronto su hermoso rostro se estremeció. Se levantó y se retiró al fondo del palco. En el transcurso del segundo acto, dándose cuenta de que el palco de Anna se había quedado vacío, Vronski abandonó el patio de butacas, entre los siseos del público, que escuchaba en silencio la cavatina, y se marchó al hotel. Anna ya había llegado. Cuando él entró en su habitación, la encontró sola, con el mismo vestido que había lucido en el teatro. Estaba sentada en el primer sillón, al lado de la pared, y miraba al frente. Se volvió hacia él y acto seguido retomó la postura anterior. —Anna —dijo Vronski. — ¡La culpa de todo la tienes tú! —gritó Anna con lágrimas de desesperación y de rabia, poniéndose en pie. —Te pedí, te supliqué que no fueras. Sabía que podía ocurrir algo desagradable... — ¡Desagradable! —gritó Anna—. ¡Ha sido horrible! Por mucho que viva, no lo olvidaré jamás. Esa mujer dijo que era una deshonra estar sentada a mi lado. — ¿Y qué puede esperarse de una estúpida? —dijo Vronski—. Pero ¿por qué arriesgarse y desafiar...? —Me repugna tu sangre fría. No tendrías que haberme expuesto a una situación así. Si me quisieras... — ¡Anna! ¿Qué tiene que ver mi amor con esto...? —Si me quisieras como yo te quiero a ti, si sufieras como yo... —dijo ella, mirándole con una expresión de temor. Aunque no se le había pasado el enfado, a Vronski le dio pena de ella. Le aseguró que la amaba, porque comprendía que era lo único que podía calmarla en esos momentos. No le dirigió ningún reproche, pero en el fondo de su alma le echaba la culpa de lo que había pasado. Anna escuchaba con avidez esas protestas de amor, tan banales que a Vronski le daba vergüenza pronunciarlas, y poco a poco se fue calmando. Al día siguiente partieron para el campo completamente reconciliados. (*79 colwood avenue*).

0521 33 Quinta Parte Cap Tulos Xxi Al Xxxiii Anna Kar Nina

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>